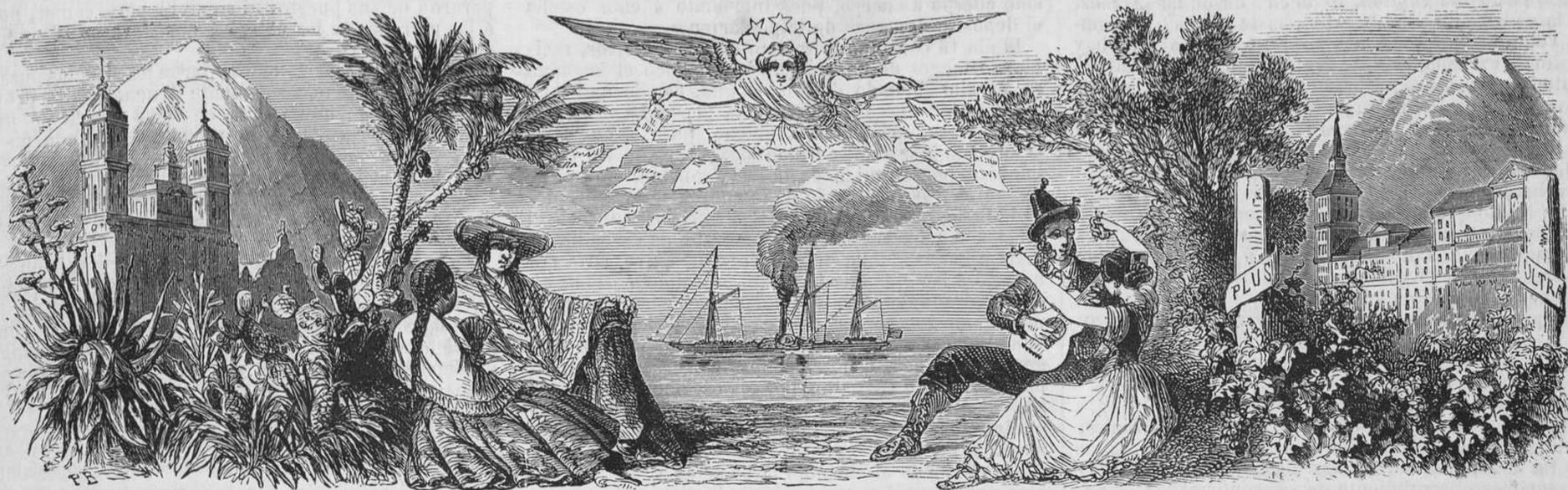


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — Tomo XLIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 33. — N° 1,101.

SUMARIO.

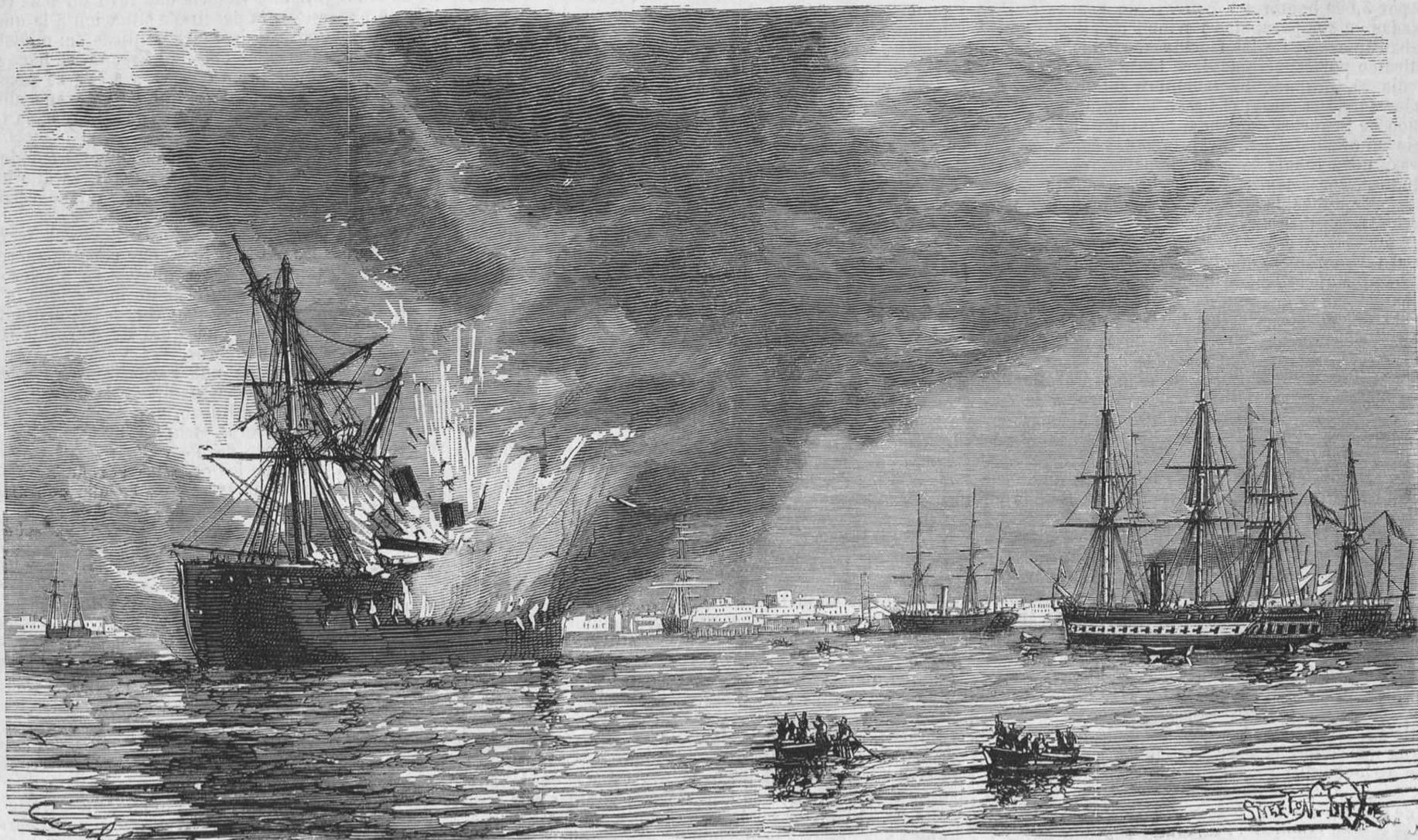
Sucesos de España : Explosión de la fragata « Tetuan »; grabado. — Estudios históricos. — Vista general de Portugaleté; grabado. — Las exhumaciones en el bosque de Boulogne; grabado. — Revista de Paris. — Casamiento del duque de Edimburgo y de la princesa María de Rusia; grabado. — Poesía. — Los domadores de « yearlings »; grabado. — Los buenos muchachos. — Un Aniversario. — Recuerdos de un viaje á Londres, caricaturas por M. J. B.; grabados. — El ministerio de la Guerra; grabado. — Sobre los viajes por España de Rosmihal y de Andrés Navagero. — La torre del Reloj del ministerio de la Guerra; grabado.

Sucesos de España.

El grabado que damos en la primera página de este número, representa un terrible episodio que tuvo lugar durante los últimos días del sitio de Cartagena. Desde que el general Lopez Dominguez tomó el mando de las tropas sitiadoras, el bombardeo no cesó ni un solo instante, cayendo sobre los fuertes y la ciudad una lluvia de bombas. En la noche del 30 al 31 de diciembre una de estas bombas incendió la fragata insurgente la *Tetuan*, que se hallaba en el puerto. El fuego duró tres horas, terminando, como lo demues-

tra nuestro grabado, con la explosion del pañol en que estaba encerrada la pólvora, que hizo saltar el buque en medio de un ruido espantoso, causando no pocos daños en el puerto. A los diez dias despues los sitiadores se apoderaron del fuerte Atalaya. Desde entonces, temerosa la poblacion de la suerte que les esperaba, al ver todos los cañones de esta fortaleza apuntar á la ciudad, obligaron á los insurgentes á capitular.

Mientras que el gobierno ponía fin en el Mediodía á la insurreccion cantonalista, en el Norte la carlista hacía constantes y rápidos progresos, pues Portugaleta se ha visto obligada á rendirse á discrecion en la



SUCESOS DE ESPAÑA. — Explosión de la fragata *Tetuan*, en el puerto de Cartagena.

noche del 22 de enero, después de una vigorosa resistencia.

Portugalete es una villa de 1,200 á 1,500 habitantes: está situada en la embocadura y sobre la orilla izquierda del Nervion y á la entrada del río, que es estrecho en este sitio. Dista de Bilbao nueve kilómetros solamente, adonde se llega por un bonito camino, siguiendo la orilla derecha del Nervion. Este camino es muy animado y pintoresco en tiempos ordinarios, pues á su derecha está el río por donde pueden remontar hasta Bilbao los buques de pocas toneladas, y á lo largo del camino, es decir, desde las Arenas, en la embocadura del Nervion, hasta el paseo del campo Volantin, que es el más bonito de la provincia, hay jardines, casas de campo, granjas, un arrabal importante, un magnífico edificio coronado de cúpulas que sirve de depósito de mendicidad, y una fábrica de fundición de hierro y de acero que alimentan las minas de Somorrostro.

La toma de Portugalete, que en la última guerra civil había resistido á los esfuerzos de los carlistas, es un hecho que no carece de importancia para este partido. De temer es que Bilbao, incomunicado ahora por mar, se vea también obligado á rendirse, porque no creemos que el gobierno de Madrid pueda mandar grandes refuerzos en su socorro.

Es preciso, pues, que haga un supremo esfuerzo.

Hé aquí cómo refiere una carta de Castro-Urdiales, la rendición de Portugalete:

« En la mañana del 23, nos dicen de Castro-Urdiales, tuvimos el sentimiento de ver confirmados los rumores que con gran certeza circularon la noche anterior por este pueblo, al ver llegar á las once de la misma un valiente comandante y tres bizarros oficiales heridos, todos del batallón cazadores de Segorbe. Inútil es manifestarle la honda pena que nos causó tan infausta nueva, sabedores como éramos de los grandes sacrificios y heroicos esfuerzos que la guarnición entera ha estado haciendo por defender la plaza durante tantos días, viéndose últimamente obligada á rendirse con los honores de la guerra, por la escasez de víveres, medicamentos, hospitales, y sobre todo de municiones, así como también por la falta de refuerzos. »

Desde el día 28 del próximo pasado hasta el día 21 del corriente, ni un solo día han dejado de batirse, según verán nuestros lectores por los siguientes datos, aunque pequeños, obtenidos de los señores oficiales.

« Las fuerzas enemigas, que en número de 22 batallones completos de 1,000 plazas cada uno habían ocupado el terreno comprendido desde la inmediación de Bilbao por toda la costa, hasta una legua de distancia de este pueblo, han estado relevándose constantemente, atacando la plaza de Portugalete de 10 á 12 batallones con doce piezas de artillería de calibre de 12, 24 y 8 centímetros, sistema Blakley, y dos morteros de 27 centímetros, ó sean de 81 libras, reforzados por dos más el último día.

Amaneció el día 28 de diciembre y se encontró cercado por 5,000 hombres y 7 piezas de grueso calibre colocadas en sus parapetos y trincheras, desde donde atacaban fuertemente las facciones, siendo un continuo tiroteo por espacio de doce horas.

El día 29, después del mortífero fuego que el día anterior sufrió la plaza, el bravo teniente coronel del batallón de Segorbe, comandante militar de la misma, recibió un oficio del jefe de las fuerzas enemigas, Dorregaray, intimándole la rendición: la respuesta no fué dudosa, contestando, como lo han demostrado sus hechos, que nunca lo haría hasta quemar el último cartucho. A las diez de la mañana se colocó la gente en sus puestos, y á las tres de la tarde contestó la plaza al fuego que el enemigo le hacía desde la mañana á la distancia de 400 metros, recibiendo 300 proyectiles del cañón enemigo.

El día 30, aparecieron las baterías enemigas más próximas, pues durante el silencio de la noche avanzaron sus trincheras formadas las embrasuras con tierra y rollos de calabrotos de alambre destinados por los ingleses para el ferro-carril aéreo, á la distancia de 300 metros, habiendo hecho un fuego sumamente fuerte de ambas partes en términos de que en la plaza empezaron á escasear las municiones.

Desde este día se vió la plaza obligada á aminorar el fuego hasta el día 8 del corriente que recibió un refuerzo de 124,000 disparos. Los proyectiles de cañón lanzados hasta este día por el enemigo, pasaban de 2,000, pues su artillería superaba con mucho á la de los sitiados, que solo tenían dos cañones de montaña que varias veces les fueron desmontados, viéndose obligados á montarlos sobre ruedas de carros si habían de utilizarse de ellos, contando además con la artillería de la goleta *Buenaventura*, que con grandes averías se vió obligada á levar ancla y abandonar la ría, perdiendo con su marcha un grande apoyo los sitiados.

El día 13, aprovechando el enemigo la circunstancia de la marcha de la goleta, amaneció perfectamente bien atrincherado y artillado en la orilla opuesta de las Arenas, tras de cuyas casas colocaron dos morteros de 27 centímetros, ó sean de 81 libras. Este día había avanzado también el enemigo sus trincheras y parapetos de 10 á 12 metros más próximos á la plaza.

En esta situación continuó cada vez el ataque más rudo, pues ya llegó á ser en el interior de las casas á la bayoneta, taladrándose los tabiques interiores.

El día 14, reducida la torre de la iglesia á escombros, y también la avanzada de los sitiados, compuesta de tres casas en el barrio llamado El Cristo, aparecieron las baterías enemigas á una distancia variable de 200 á 300 metros, las que no tardaron en apagar los fuegos de dicha avanzada, obligando á sus valientes defensores á retirarse á los pisos bajos, decididos siempre á defenderlas luchando si necesario hubiese sido cuerpo á cuerpo, pues inmediatamente á ellos estaba el depósito de aguas de la población.

El día 15 continuó lo mismo que el anterior, recibiendo fuegos de un mortero que colocó el enemigo en el alto llamado de San Roque, con lo que iban aumentando más los fuegos á la plaza. La situación de la guarnición empeora mucho, pues el enemigo, favorecido por la oscuridad de la noche, así como también por el ruido de la mar, consiguió practicar una mina que, partiendo de la capilla nueva, propiedad de la señora viuda de Epalza, construida en el muelle, iba á terminar en la manzana de casas inmediata á la casa-fonda nueva del señor Calvo, cuya mina voló á las cinco de la tarde, posesionándose de dicha manzana de casas dos compañías enemigas compuestas de 200 hombres. La avanzada de la guarnición situada en el mismo punto, que la componía un sargento, un cabo y ocho soldados, tuvo tres prisioneros por haber sido envueltos por los escombros de la casa, y cuatro muertos en lucha cuerpo á cuerpo, y tres pudieron salvarse refugiándose en una trinchera inmediata.

Favoreciendo al enemigo la posición de la referida casa para considerarse dueño de la plaza, al siguiente día 16, por flanquear con un fuego á los defensores del convento de Santa Clara, cortina del mismo nombre, y dominar las trincheras de la fonda, dispuso el comandante militar una salida inmediata de una fuerza compuesta de 30 hombres, mandada por un teniente que, con un arrojo inimitable, se posesionó del piso principal y parte del segundo, hasta que viendo que el enemigo, en gran número, les cortaba la retirada, se vieron obligados á abandonar la posición, no sin causarles una pérdida de cuatro muertos y un oficial.

Resuelto el comandante militar á que los carlistas no continuasen poseyendo dicha casa, por lo mucho que podían perjudicar á la plaza, dispuso que todas las fuerzas se colocaran en las trincheras, que las piezas de á ocho, cortas, que había en la batería de la iglesia se trasladaran con el mayor sigilo al comedor de la fonda, situándolas en los balcones del mismo que se dirigen á la manzana de casas tomadas por los carlistas, y roto el fuego sobre el enemigo, este huyó con un pánico indescriptible á las once de la noche. Preparado con antelación el alférez señor Velarde con seis soldados todos voluntarios para penetrar en las casas ocupadas por los carlistas en la misma tarde, con objeto de pegarlas fuego para que el enemigo no pudiera recobrarlas, se llevó á efecto esta difícil disposición sin haber tenido baja alguna.

Amaneció el día 17 continuando el fuego cada vez más nutrido por ambas partes, y el enemigo tenía situada su artillería en el pueblo de Algorta, á la orilla opuesta á la plaza, habiendo colocado en el faro, punto llamado la Galea, el punto más avanzado de este pueblo, y muy inmediato al mar, una pieza con el objeto de hostilizar la entrada de los buques que pudieran ir con algún socorro para la plaza sitiada.

Apareció el día 19 la trinchera del convento de Santa Clara con artillería y aspilleras para fusilería. Empezó el fuego por la mañana como los días anteriores, consiguiendo el enemigo derribar la fachada principal del convento, obligando á refugiarse la guarnición en el piso bajo. El fuego de la artillería enemiga fué tan fuerte en este día, que una de las bombas cayó precisamente en la botica del señor Lejarreta, destruyéndola completamente, sin que quedase medicamento alguno.

No menos funesto que los días anteriores se presentó el día 20.

Las balas rasas, granadas y bombas penetraban con gran facilidad en el edificio del hospital, hiriendo nuevamente á varios de los heridos que con antelación se encontraban en él, dándose el caso de que á un pobre soldado á quien le habían amputado el brazo izquierdo, fué herido nuevamente en el derecho estando en cama, exclamando el desgraciado que parecía que los carlistas se habían propuesto que fuera á su casa sin brazos.

Día triste y memorable fué el 21 de enero para la bizarra y heroica guarnición de Portugalete. El fuego del enemigo continuó cada vez más nutrido, y la guarnición apuradísima. Las baterías enemigas, á la corta distancia de 40 metros de la plaza, sin que cesasen un solo momento sus fuegos, cayendo sin número de proyectiles en el convento de Santa Clara, casa del señor Calvo y en la iglesia parroquial. Visto el malísimo estado en que se encontraban, el señor comandante militar de la plaza convocó entre diez y once de la mañana á una reunión á los señores jefes de los diferentes institutos que guarnecían la plaza para determinar acerca de su suerte, la que se decidió á las cinco de la tarde después de la pleamar, en la que aguardaban su única esperanza, que era el ser socorridos por alguno de los buques de la armada. No viendo conseguidos sus deseos, se decidió su suerte enarbolando la bandera blanca de parlamento, y al aparecer esta,

de todas las trincheras enemigas salió un viva á los bravos de Segorbe, pues no creyeron que estos hubiesen resistido tantos días.

No me es posible dar ningún antecedente respecto de las condiciones del acta de capitulación, pudiendo solo decirle que toda la oficialidad salió armada de sus respectivos puestos, y que ha sido todo lo honroso que se merecen un puñado de valientes como los que guarnecían la plaza de Portugalete.

No concluiré esta pequeña reseña sin decirle que las tropas, desde los primeros días del sitio, no se separaron de sus puestos ni siquiera para comer, pues á las patronas se las obligó á que llevaran la comida á las trincheras.

El número de bajas que tuvieron los sitiados durante el sitio, asciende solamente á unas ciento próximamente, habiendo tenido en estas solamente diez muertos y el resto heridos y contusos, siendo pocos los graves de los primeros y muchos los últimos.

El bombardeo duró seis días, cayendo unas 300 bombas, y el total de proyectiles arrojados á la plaza durante los veinte y cuatro días del sitio, puede calcularse en unos 6,000.

La salida de la valiente é intrépida guarnición capitulada presentaba el cuadro más desgarrador, pues á jefes, oficiales y soldados, españoles todos, se les saltaban las lágrimas al tener que abandonar como prisioneros la plaza que habían regado con su sangre en defensa de la libertad y de la paz, tan deseada por todos. »

* * *

Sobre estos acontecimientos hallamos en los diarios de Madrid la carta siguiente:

« ¿Quién ha llevado como por la mano á orillas del Nervion las huestes del Pretendiente? ¿Es el general Moriones ó el presidente que fué del poder ejecutivo, don Emilio Castelar? Si ha sido el general en jefe del ejército del Norte, ha de serle difícil el dar explicaciones; y si ha obedecido á órdenes del gobierno, es claro como la luz del medio día que las operaciones de la guerra han sido sacrificadas en aras de las exigencias políticas por el ministerio Castelar. Esto parece lo más probable: no es posible que el general en jefe abandonara de pronto y arrebatadamente su base de operaciones, para levantar, con el embarque de sus tropas, el ánimo y la moral de los carlistas. ¿Y para qué? Para presenciar desde Castro, y arma al brazo, el sitio de Portugalete, y levantar luego sus reales dejando abandonada á su suerte aquella villa, tan heroicamente defendida por su brava guarnición, que ha hecho cuanto humanamente podía esperarse de su valeroso jefe y valientes y subordinados soldados: ninguna tropa hubiera hecho más, y pocas habrían hecho tanto. ¿Cuán grande habrá sido su desesperación al verse forzados, por falta de oportuno auxilio, á rendir las armas de que habían hecho tan heroico uso!

No, no puedo creer que el general Moriones, que conocía los recursos con que podía contar, fuera de propia voluntad abandonando el campo en que acababa de conseguir una victoria que tuvo un feliz resultado, á ponerse en la desairada situación á la que sin duda le empujaron exigencias políticas del ministerio Castelar. Desgraciadamente, en España, se hace política menuda, política de familia, y á ella se sacrifica todo. Estando contentos los ministros y sus allegados, creen que la nación está satisfecha y nada tiene que exigirles.

¿Y qué ha hecho la escuadrilla que, al mando del capitán de navío Sánchez Barcáiztegui, se dijo había salido la tarde del 17 del puerto de Santander para la ría de Bilbao?

Dueños los carlistas de ambas orillas del Nervion, pondrán sitio á la villa invicta, que como siempre hará heroicos esfuerzos para mantener su glorioso renombre á tanta costa conquistado. Hoy manda la plaza un distinguido general que procede del distinguido cuerpo de ingenieros y que goza de merecida reputación entre sus compañeros.

Esta es seguramente una garantía; pero ni á la ciencia ni al valor pueden pedirse imposibles, y si el gobierno descuida á Bilbao, aun cuando fueran *Cides* todos sus defensores, tendría forzosamente que seguir la triste suerte de Portugalete. No ha caído esta villa en poder de los carlistas porque haya desmayado en su porfiada defensa su heroica guarnición, sino por el abandono en que se la ha dejado.

En la carta en que llamando la atención sobre la importancia de Bilbao escribió á don Nicolás Salmerón cuando este señor era presidente del poder ejecutivo, le decía: « Que no acontezca en tiempo de la República lo que no sucedió durante la menor edad de Doña Isabel de Borbon; que la Federal no sea más débil que una minoría monárquica; esta, bajo la tutela de la reina gobernadora, que durante la menor edad de su augusta hija dirigió la nave del Estado, la vió fuertemente combatida por desechas tempestades, cuyas encespadas y furiosas olas amenazaban sumergirla; pero con ánimo sereno supo salvarla de tanto riesgo, arribando á seguro puerto, ayudada poderosamente en su difícil y trabajosa obra, por la España liberal. Sería en extremo vergonzoso y humillante para la República el verse precisada á reconocer y confesar su debilidad, si no alcanzara á hacer lo que con tanta gloria ella hizo una minoría monárquica. »

Esto mismo digo al actual gobierno, y con mas razon, con mayor causa, porque habiendo sido barrida la legalidad existente con las puntas de las bayonetas (ni aplaudo ni censuro el hecho, no es este mi propósito), es este un gobierno producto de la fuerza, un gobierno impuesto; y los hombres que, aun no habiendo tomado parte en el acto de fuerza, aceptan estas posiciones, tienen el deber, y la nacion el derecho, de exigirles se muestren á la altura del compromiso que voluntariamente han contraido para con el pais.

Bilbao reclama imperiosamente el pronto auxilio del gobierno; el abandono en que se ha dejado á Portugaleta, llave de la ría, ha de haber impresionado dolorosamente á los valerosos hijos de la villa invicta. Desde el día en que los carlistas establezcan el sitio, ¡la Europa, el mundo todo! tendrá su atencion fija sobre un pueblo de gran nombradía comercial, y al que la pasada guerra civil dió tambien nombradía militar.

Hoy se ve desgraciadamente precisado aquel heróico pueblo á empuñar nuevamente las armas, y lo hará con el mismo brio de otro tiempo; los hijos no desmerecerán de sus padres.

El justamente renombrado Zumalacárregui encontró allí la muerte; mas tarde los mejores generales de Don Carlos Isidro de Borbon vieron estrellarse sus esfuerzos ante las débiles defensas de aquella heróica villa, cuyas mejores murallas fueron los pechos de sus hijos y de las tropas que la guarnecian.

¿Faltará hoy una espada de Luchana?

¡Si me fuera dado rejuvenecer al anciano duque de la Victoria, estaria tranquilo sobre la suerte de la villa invicta, que se resistirá hasta donde pueda llegar humana defensa, pero si cual Portugaleta es abandonada!!!

JOSÉ DE ALLENDE SALAZAR.

Madrid 24 de enero de 1874. »

Estudios históricos.

EL LIBRO DE SANTOÑA,

POR DON AURELIANO FERNANDEZ GUERRA.

Si hubiese un hijo que de su madre no supiera sino lo que puede preguntar á la inanimada memoria de un retrato; que no la conoció viva, ni pudo sentir el fuego de su ternura, ni estimar los ejemplos de su fe, ni el alcance de su prestigio ó de su inteligencia; que tampoco halla manera de suplir tan ansioso vacío de su corazón, porque de cuantos á su madre conocieron, la amaron ó la sirvieron, unos emigraron de la vida, otros de la patria, y de todos le separan irrevocablemente obstáculos invencibles; y á este hijo, en la hora en que siente con mayor viveza aquel frío y soledad de sus entrañas, á causa de haberse hecho conversacion de la muerta señora entre vecinos y paisanos por motivo de recientes acaecimientos que importan á su fama, se le pusiera delante un sugeto acreditadísimo de veraz y discreto, de saber realzar los mínimos ápices de una narración, infundiendo á lo narrado la vida y el clásico colorido de su docta y siempre deseada palabra, y este sugeto, dando suelta á la maravillosa vena de su ingenio, en pocas frases, pero escogidas y de saber incomparable, le restituyese á vida la adorada imagen en la plenitud de su belleza, de su autoridad y de su encanto, enseñándole lo que su madre valió en la historia, lo que pudo en sus tiempos, cuáles fueron sus merecimientos con Dios, cuáles sus obras con la patria, ¿cuánta y cuán perdurable no sería la deuda del hijo con el historiador? Pues tanta es la contraida por Santoña con el señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.

Y si apuramos la extension del crédito, hallaremos que trascendiendo fuera del recinto armado de la fortísima villa, alcanza á todos los nacidos y habitantes dentro de los límites de nuestra vieja Cantabria. Porque á sombra de su título de Santoña, en la nueva obra del ilustre escritor quedan esclarecidos ó ampliados puntos interesantísimos de historia, relativos á la famosa provincia, remoto fin, de aquella celtiberia, á la cual apellidaba Floro *robur Hispanie*.

Ocupémonos de ella en pocas frases y breves comentarios.

De su propio origen y razon de ser da cuenta el libro en palabras, cuya expresion y belleza nunca acertaria yo á suplir, y que copiaré seguidamente despues de indicar la ocasion que las engendró.

La fundacion del colegio de San Juan Bautista por el primer marqués de Manzanedo, era magníficamente celebrada en la villa de Santoña. A la fiesta religiosa en la parroquial y á la solemnidad literaria de la inauguracion, habia sucedido un espléndido banquete. Hasta ciento cincuenta sumaban los convidados que acompañaban en la mesa á la familia del fundador: autoridades eclesiásticas, civiles y militares, pronombres de la comarca en caudal y en apellido, profesores, amigos, forasteros de nombre altamente ilustrado en política, en ciencias, en literatura y artes.

Hervian los brindis, y tomando vez el Excelentísimo señor don Manuel Silvela, decia: «Para premios y lec-

tura de los alumnos, don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, cuyo nombre se ha de recordar con estimacion entre estos muros, debe componer un libro, de menos volúmen que peso, donde vengan á encontrar en reducidas páginas, y con muy nuevas y hasta aqui ignoradas noticias, la verdadera historia de Santoña, la mas puntual del colegio, y las de su erector y su artífice. El autor cuidará en él, sin duda ninguna, de inclinar el ánimo de los discípulos á que partan de lo conocido á lo desconocido; de lo que tienen ante sus ojos á lo que les ocultan el tiempo y el espacio; del día de hoy, claro y manifiesto, á lo que pasó y ha envuelto casi en las tinieblas el olvido; y á lo porvenir dudoso aun á los mas sagaces, é insondable de suyo. Mi amigo, que vive mas en lo pasado que en lo presente, concluia el orador, animará esta roca y estas montañas.»

El comensal, tan sóbria y elegantemente definido como historiador en las palabras que subrayo, aceptó el vasto y espinoso programa, y en su novísimo libro lo devuelve magistralmente explanado y con creces cumplido. Con creces, digo, porque si bien escribe con la viveza y color de estilo propios para herir y cautivar la imaginacion del niño, escribe asimismo con erudicion y sustancia bastantes á traer enseñanza y deleite á entendimientos viriles y provecos. Es verdad que el sello de perfeccion de las obras dedicadas á leccion de la infancia, consiste en que puedan servir igualmente de leccion para los adultos.

Poseia el docto académico una condicion, aparte de otras muchas, que se dice esencial para el triunfo completo de toda empresa humana, la de estar sinceramente prendado de su asunto. Sus palabras nos lo revelan, cuando á vista del paisaje cuyos términos huella, exclama: «Venturosa la tierra donde quien tiene mayor valor y piedad, ese es mas noble; donde no se estima tanto venir de familias ilustres, como de los mas virtuosos; no ya de los buenos, sino de los mejores. Envidiense poco las honras, y mucho la intachable conducta, las privaciones dignamente sobrellevadas, los peligros con entereza afrontados, las dificultades con sano ingenio vencidas, y la adversa fortuna esclavizada por cristianos y sobrenaturales brios.»

Antes de llegar aquí, ya heria su fibra dramática la contemplacion del pueblo en medio del cual se hallaba: «En aquella hora, escribe, representábase en » la imaginacion el cántabro de los siglos paganos y » y el montañés del cristianismo; el que lucha con su » instinto invencible, y el que le subordina á voluntad » mas alta; el que tan solo piensa en sí propio, y el » que se goza en ser para los demás; el peregrinador » y aventurero de raza, y el que, encendido en ingé- » nio y vehemente cariño al lugar en que descansan » las cenizas de sus padres, voluntariamente se con- » dena á vivir en remotos climas por adquirir en ellos » el legítimo fruto de la aplicacion y el trabajo. Alienta » con la dulce esperanza de volver al hogar nativo y » derramar en rededor beneficios á sus compatriotas » y demostrarles un día y otro día cómo la abrasadora » lumbre de los favores de la suerte no ha secado ni » endurecido su corazón, ni menos el rigor de los años » y desengaños; antes bien, con ellos ha ido creciendo » el amor y llenándose de hermosura como los árbo- » les de la montaña.»

Acertado estuvo el estadista Silvela al decir de su amigo, que vive mas en lo pasado que en lo presente. Estos inquietos enamorados de lo que fué, sumidos en perpétuo estudio de reliquias de gentes, lenguas, artes y monumentos, dueños de la propia y la ajena experiencia, nutridos de la médula de fortísimas generaciones madres de razas, fundadoras de Estados, son por invencible iman arrastrados hácia los orígenes, hácia lo mas confuso, borrado y remoto en la historia de la humanidad. La meditacion constante aviva la clara luz de su privilegiada inteligencia. Saben tanto de cosas añejas, de civilizaciones extinguidas, de tribus exterminadas, de límites y contornos geográficos desaparecidos y transformados, que levisimos indicios bastan á la intensa energía de su pensamiento para resucitar muertas épocas y naciones, y sobre la faz actual del mundo contemporáneo extienden y demuestran la faz que el mundo tuvo en dias adonde ya no alcanza la tradicion, inmensurable memoria de los pueblos. No siempre acaso la restauracion es perfectamente fiel y genuina, tal vez se hallan en ella pormenores deducidos por probables, supuestos por posibles, tal vez despertada la crítica por sus audaces afirmaciones, las habrá de combatir, repeler y negar, mas siempre dejará en pie é irrevocablemente aceptado como tesoro de purísima ley, para nombre y gloria del audaz primero que lo establecia, buena parte de lo analizado y controvertido. Otro tanto sucede á navegantes atrevidos; descubren y bautizan un estrecho, una isla; la novedad del suceso, lo peregrino del nombre traen á los lugares gentes curiosas de todas las partes del mundo, exploradores y artistas, militares y marinos, agentes políticos ó comerciales: durante dias, ó meses ó años, son cotidiano pasto de la conversacion del universo civilizado las probables ventajas del descubrimiento; luego resulta que el clima es insalubre, el suelo estéril, la situacion desacomodada; ni sirve para colonia, ni para factoría, ni para presidio; queda abandonado y vuelve á ser desierto, mas no volverá nunca al caos tenebroso de lo ignorado; es definitiva conquista y dominio de la razon y la experiencia humana, marca un ensanche y progreso en el movimiento y señorío del globo, per-

pétua fiebre y tentacion constante de la incansable actividad de nuestra atormentada especie.

Decia que los orígenes, su misteriosa oscuridad y el eco sordo y lejano que levantan allá en los remotos albores de las humanas edades, parecido al vívido rumor del manantial oculto en inaccesible y desconocida selva, atraen con especial hechizo al historiador moderno. Cuando en sus exploraciones á través de los siglos halla un pueblo cuya fama de industrioso ó aventurero ó feroz sobrepuja y sella una época ó una comarca, pónese inmediatamente á concordar los hechos con la raza que los consuma, busca las analogias del artífice con su obra, pretende explicarlos recíprocamente, y tanto ahonda en semejante camino y modo de discurrir, que llega á establecer una especie de fatalismo fisiológico segun el cual, dados los caracteres físicos distintivos de una agrupacion humana, su papel en los destinos generales del mundo es cosa punto menos que averiguada y prevista.

No corre peligro de extremarse tanto el autor del libro de Santoña. Templadas la sagacidad y la experiencia de su crítica por la natural elevacion de su alma, sabe de sobra y piadosamente cree que todo lo humano tiene límite, y que en sus audaces y luminosas investigaciones la razon llega á término donde no se basta, y entregada á sí propia, no puede avanzar sino á expensas de su necesaria claridad y del solicitado acierto.

Sin embargo, convidado por la ocasion, agita el problema difícil de la ascendencia y progenie de la gente montañesa, y si no lo prueba y deja definitivamente establecida su solucion, esclarece al menos considerablemente sus densas oscuridades, y siembra datos nuevos y documentos de indispensable recordacion para cuantos pretendan luego estudiarlo.

Merecian, en verdad, aquellos vigorosos mayores nuestros que por todas las vias posibles se sondeara el secreto de sus robustísimas virtudes. «Parecianle á César estériles y pocos dociientos años de ocupacion y guerra en España, mientras Roma dejase usar libremente de sus leyes á dos valerosísimos pueblos, astures y cántabros, » dice Paulo Orosio, y á tal razon atribuye la última guerra de Cantabria (1). De ambos enemigos «el mas animoso y fiero, tenaz y encarnizado, » era para los romanos el cántabro, segun asienta Floro (2); pues no contentándose con defender la propia libertad, extendia á las gentes fronteras su belicoso esfuerzo, intentando subyugarlas (3).

De su territorio y situacion nos dicen algo Plinio el naturalista y Pomponio Mela; bastante de sus costumbres el geógrafo Estrabon; pero de aquellas leyes primitivas, de aquellos fueros antiguos y consuetudinarios á que Orosio alude, y de cuya fiel observancia y conservacion arrancaban, al parecer, los cántabros brios, y su fiero amor á la independencia apenas se registra huella en los testimonios coetáneos. ¿Puede ser suplida esta falta por conclusiones etnográficas, estableciendo el principio de que pueblos nacidos de idéntica estirpe se gobiernan por idénticas instituciones, y atribuyendo por consecuencia al nuestro las que sabidamente rigieron á otros sus análogos y congéneros?

Es labor tan árdua y fatigosa esta de retroceder de los hechos á los principios, de la variedad presente á la unidad primitiva, que todo parece poco para ayudarse y hallar rumbo en ella. Y para llevarla felizmente á cabo, son de tanto provecho como los elementos diversos suministrados por la ciencia en sus diversas ramificaciones, los detalles comunes de la observacion mas trivial.

Nada menosprecia el docto; todo lo utiliza, y sin encerrarse en un sistema, entorpeciendo y limitando la propia accion, toma de cada uno de ellos cuanto necesita para robustecer pruebas y trocar en evidencia sus conjeturas, y en afirmacion definitiva lo que tal vez comenzó por vaga sospecha de su ánimo.

Sin ser, pues, única determinante de sus degeneraciones y mudanzas, es notorio é innegable el influjo del clima y del suelo en las variedades del ser humano. Aquella sangre del cántabro, tan energética y caliente, ¿no debió parte de sus virtudes al hierro escondido en la tierra fragosa que la vigorizaba y nutria? ¿No era la mejor y mas pura sustancia de ella el dócil y generoso metal que engendra la aguja, la espada y el martillo, y allá en nuestras montañas sazona la gleba, tiñe las rocas, pinta los barrancos y asoma por todas partes rojo y provocativo entre los verdes lozanisimos del monte y de la vega?

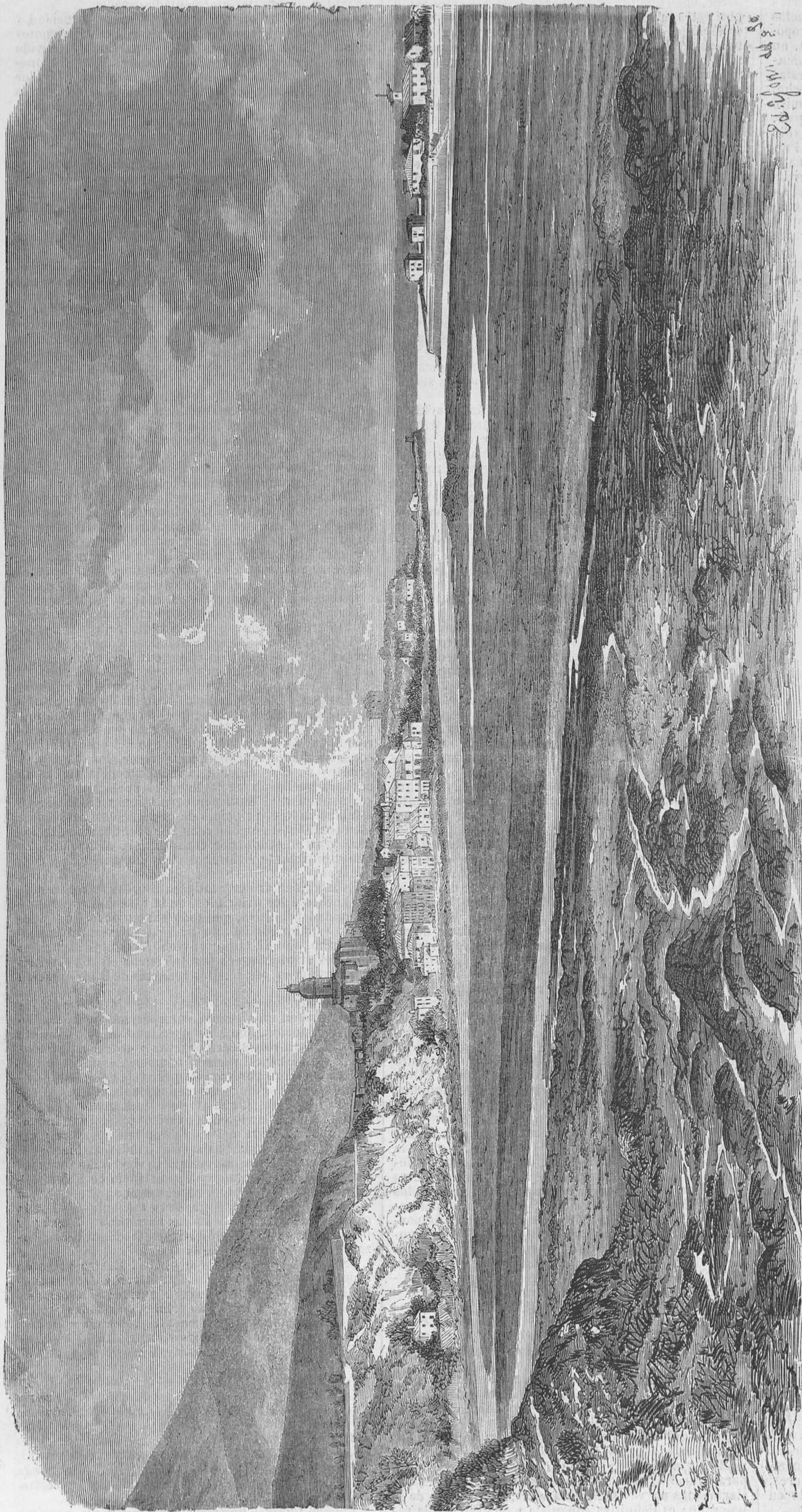
¡Sangre vivaz, infatigable y rica! Cuatro veces en el intervalo de seis años se levantaron en armas contra los romanos, y les hicieron guerra; si creemos á Dion Cassio (4). Guerras á cuchillo, ó mas bien matanzas crueles á veces alevosamente preparadas por una y otra parte, y consumadas siempre sin lástima, ni misericordia. En ellas perdieron su prestigio las le-

(1) *Cæsar parum in Hispania per ducentos annos actum intelligens, si Cantabros atque Astures, duas fortissimas Hispanie gentes suis uti legibus sineret, aperuit Jani portas. atque in Hispania ipse cum exercitu profectus est.* — PAULI OROSI HISTORIARUM. — LIB. VI. — CAP. XXI.

(2) *Cantaborum et pejor, et altior, et magis pertinax in rebellando animus fuit.* — LUCII ANNOEI FLORII EPITOME RERUM ROMANARUM. — LIB. IV. — CAP. XII.

(3) *Non contenti libertatem suam defendere, proximis etiam imperitare tentabant...* — *IBID.*

(4) *Historia romanæ, libros LIII y LIV.*



SUCESOS DE ESPAÑA. — Vista general de Portugaléte.

giones veteranas; húbolas que rehusaron pelear, y la titulada Augusta vió su cobardía castigada con la ignominia de perder su egrégio título.

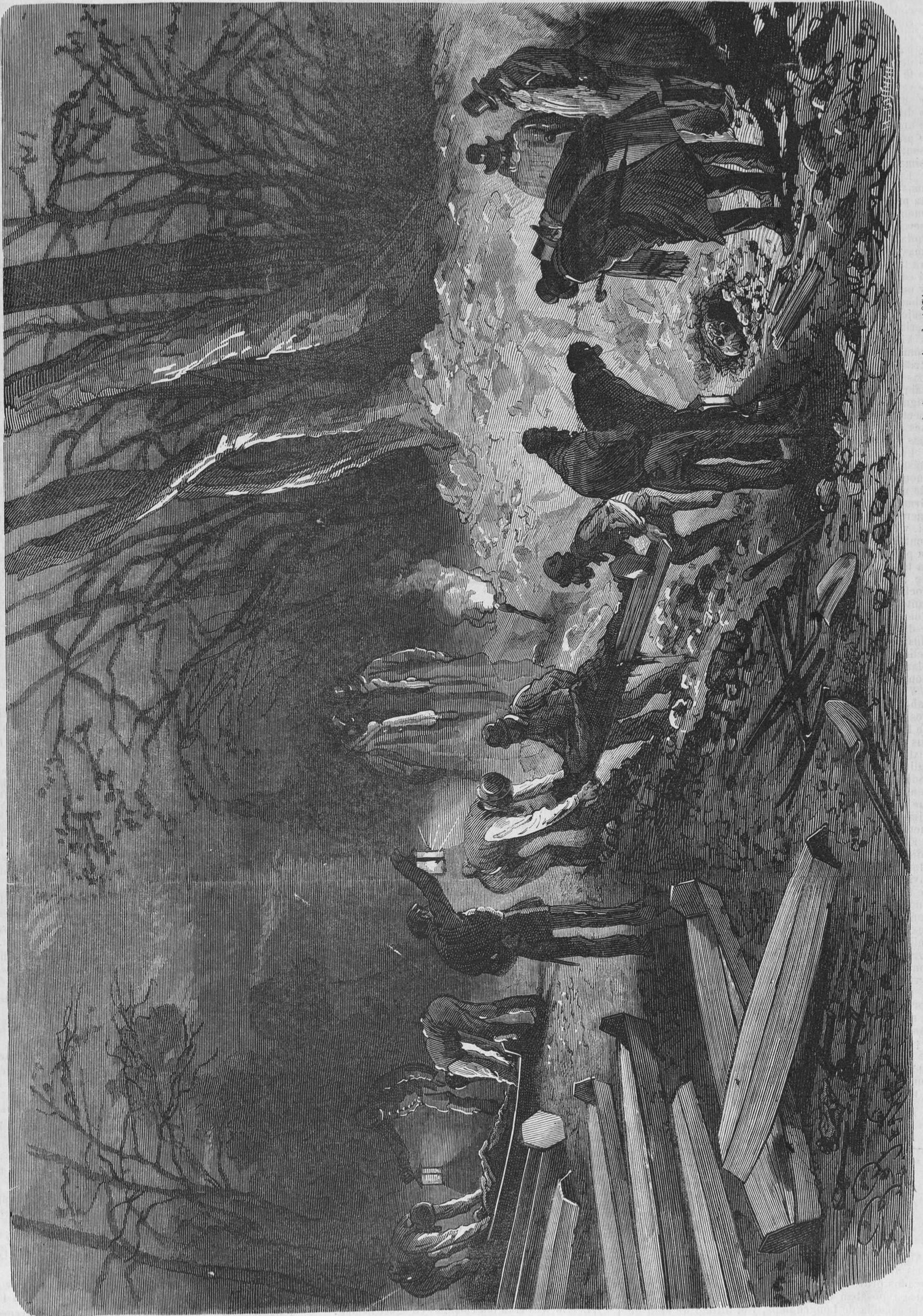
Así burilaron su nombre en la fama. Porque no eran de los enervados y enfermizos que dicen: « Dichosos los pueblos que no tienen historia, » esto es, felices las gentes que dejaron en pos de sí rastro igual al que deja la ráfaga de viento en la atmósfera, ó la saeta en los aires que rasga, como dice en su admirable lengua la Escritura. La historia es el acto de presencia que hacen pueblos y hombres en la vasta extensión del tiempo, es la esencia viva de lo pasado, testimonio perenne de superioridad y grandeza, protesta del alma inmortal é inmensa contra todo lo ruin y perecedero. Carecer de historia es carecer de ascendencia en el órden prodigioso de la actividad humana, ser tronco sin raíces que agarren al suelo, y lo sustenten y nutran, ser pasajero meteoro, nubecilla vaga, cuya existencia momentánea principia en un accidente de temperatura y acaba en un rayo del sol. Es, en suma, vivir sin horizonte, y faltar, al caminar en la vida, del supremo deleite y descanso del caminante, que consiste en volverse á contemplar lo andado y reproducir mentalmente lo acaecido en aquellos parajes cuyos contornos ya se oscurecen en la bruma de remota lontananza.

En nuestra historia española, noble y grande cuanto la mejor, y acaso ya terminada por desventura de la generacion presente, hacen los cántabros dos apariciones vigorosas y de recordacion perpétua; su guerra contra Augusto en el siglo I de nuestra era cristiana, y su guerra contra Tarik y Alcamán en el siglo VIII. Despues se funden y mezclan con las gentes aldañas suyas, y son parte de Castilla por mas que ellos, aunque desistiendo de su alcuña vieja, no acepten el título de castellanos, prefiriéndole el que les da la topografía de su propio suelo, y se llamen montañeses, modesto nombre del cual no se ofenderán advenedizos ni linajudos nuevos. Constituida por fin la patria, cerrada la era de salvajes y feroces combates, ábrese otra nueva en la cual aquella estirpe primitiva y añeja cuyas virtudes sólidas y hurañas no son de útil empleo, casi desaparece. Ahóganla con su industriosa actividad y movimiento el limosin catalán; con su ruido de aventuras el muzárabe estremeño; con su lábia, su chiste, su impávida facundia, el morisco andaluz. Para estos son el dominio y la fama, el prestigio y la gobernación de España.

Despues de aquellas luchas generosas de independencia, diestra y artísticamente epitomadas y referidas, el libro de Santoña, que halla entre las memorias mas interesantes pertinentes á su asunto la de una fundacion religiosa, estudia y trata con la brevedad que sus límites le imponen el establecimiento del cristianismo en las montañas. Y merced á un documento antes desconocido, á saber: Catálogo de ciudades episcopales de España (1), hallado en los riquísimos estantes escurialenses, enumera prelados y sedes de la Iglesia cántabra, de cuyos nombres y situacion no habia noticia.

Son por cierto páginas inspiradas y elocuentes las que el libro consagra á historiar la conversion al nuevo culto de nuestros progenitores paganos. Los dogmas nuevos, el espíritu generoso y eficaz de la nueva doctrina convenian mejor con su fe ruda y potente que las sensuales alegorías del gentilismo greco-latino, del cual no quedó en nuestras breñas una inscripcion, una ara, ni un monumento.

(1) Anónimo. — *Nomina Civitatum Ispanie sedes episcopaliūm*. — Biblioteca del Escorial, códice de varios, escrito en los siglos VIII y IX.



PARIS. — Exhumación de los cuerpos de los soldados que se enterraron en el bosque de Boulogne, durante la insurrección de 1871.

« Regenerado el cántabro por la divina luz, concluye » el texto, ya no soñó con verter en nuevas y horribles » hecatombes la sangre de su enemigo; aprendió á » considerarle y amarle como á hermano, á recibir » con igual ánimo los bienes y los males, á detestar » el robo y á guardar la fe del juramento, viniendo á » hacerle innecesario su palabra. Por ello, la Provi- » dencia, en sus inescrutables designios, mas adelan- » te le escogió para tabla de salvacion, cuando el uni- » versal naufragio de la patria, disponiendo que en » sus apretados valles únicamente se respirasen las » dulces auras de verdadera libertad, en la fe y en el » amor de quien libró al mundo redimiéndole con su » preciosísima sangre. » No hablaria en mas suaves y » sentidas frases el mas amante hijo de aquella amadí- » sima tierra.

Ese acento de intima y sincera ternura que noté mas arriba y late en las páginas todas del libro, basta para hacerle predilecta y grata lectura de todo buen montañés. Su indole y objeto impedian que el curso sereno y libre de la narracion fuese interrumpido con notas y citas en apoyo y confirmacion de lo expuesto; mas para satisfaccion y consulta de espiritus adultos, ya mas curiosos y desconfiados que los infantiles, trae á continuacion del texto un largo catálogo de autores y una serie cronológica de documentos, donde á mayor abundancia puede encontrar guia seguro y copioso quien desee ahondar en la fecunda é inagotada materia.

Viajeros é historiadores de la antigüedad griega y romana, cronistas y poetas de los siglos medios y escritores de la edad presente, ofrecen allí acotados los pasajes de sus obras en que trataron de cosas de Cantabria, y las ocho citas ó documentos que al catálogo siguen, son otros tantos millares que en la via retrospectiva hácia los orígenes señalan el crecimiento y fases de la vetusta villa Santa Maria del Puerto y algunas épocas memorables de su historia.

Un antiguo privilegio la presenta ya poblacion monástica en aquellos dias turbios y remotos en que el monge era primer habitante y descuajador y obrero de no pocas regiones desiertas y olvidadas. Las confirmaciones de los reyes sucesores del otorgante primero, demuestran despues lo que el lugar valia por sí, y en la comun concordia de los españoles del Setentrion debeladores del sarraceno y restauradores de la patria. Un pasaje de Lope Garcia de Salazar le pinta teatro de dramáticos lances en las famosas guerras de banderia entre Giles y Negretes. Otra memoria, coetánea de lo que refiere, cuenta dos siglos mas adelante, su incendio y destruccion por el francés ya en guerras de nacion á nacion, sin que falte á amenizar y dar pintoresco y religioso color á este caudal de ilustraciones una devota tradicion local, de poderoso relieve y tan extendida y popular en su dia que tuvo plaza en el famoso libro de las *Cántigas* del rey Sabio, donde el autor la toma.

Y por cierto que la piadosa leyenda tiene marcado saber al terruño donde acaece. Dos marineros enemigos se encuentran en romeria; y al pié de la imagen de la Virgen á quien pretenden venerar desenvainan sus cuchillos para matarse. Mas la *Gloriosa*, como el texto dice, no consiente un homicidio en sus aras, paraliza los miembros de ambos enemigos, y les veda toda accion. La cual no recobran hasta haberse arrepentido, y perdonándose mutuamente, escuchado que fué por la soberana reina de los cielos el ruego unánime y fervoroso del inmenso pueblo venido á la romeria y testigo del suceso.

Esa romeria á la Virgen, esos cultos populares, ese odio profundo que estalla y se manifiesta en obras de muerte á vista del enemigo sin pararse en respetos divinos ni humanos, parece simbolo y condensacion de aquellos rencores terribles que dividen y separan linajes y apellidos, valles y pueblos de la montaña, dando ocasion á tan repetidas peleas y venganzas, que cuando la imaginacion suelta se da á vagar por tan peligrosos tiempos, casi duda si el cárdeno matiz que enrojece la tierra que se los retrata, es debido á la vena de hierro que la enriquece, ó á la mucha sangre vertida que la empobreció. La leyenda ó el rey poeta al rimarla, lo atribuyen á marineros; ellos sabrian por qué no lo pusieron en pechos de hidalgo, donde la ciega pasion anidaba mas á su gusto y se engreia como en dominios naturales é indisputados.

¡Oh! si cada una de las históricas y abatidas villas de Cantabria, de aquella *costa de la mar de Castilla* puede un dia mostrar un libro semejante al que Santaña nos enseña, entonces poco quedará que desear al mas exigente y entusiasta de sus hijos.

JUAN GARCÍA.

Las exhumaciones

EN EL BOSQUE DE BOULOGNE.

Algunos soldados de línea que fueron muertos en París durante la insurreccion de 1871, habian sido enterrados provisionalmente en el bosque de Boulogne. Cinco reposaban cerca de la verja de Bagatelle; dos en la avenida de Longchamps, y el último al lado de la bomba que provee de agua al castillo de Bagatelle.

Los restos de estos ocho desgraciados han sido exhumados en presencia del alcalde de Neuilly, del juez de paz y del comisario de policia. El dia antes se habian descubierto los cadáveres, previas las formalidades de costumbre: cuatro se encontraron encerrados en ataúdes y los otros estaban envueltos de una capa de alquitran. Todos fueron encerrados en cajas nuevas, y al dia siguiente, despues de colocados en un carro del tren de equipajes, cubiertos con paños mortuorios, el fúnebre cortejo se puso en marcha en direccion de Neuilly, en donde debia tener lugar la exhumacion definitiva.

La escolta se componia de treinta hombres del regimiento 101 de línea, mandados por un teniente, que llevaban las armas á la funerala.

A pesar de las grandes precauciones que se tomaron, los miasmas producidos por la descomposicion de los cuerpos exhumados, obligaron al cortejo á dirigirse directamente al cementerio de Neuilly, sin detenerse en la iglesia. Los ataúdes fueron llevados por soldados hasta la sepultura que al efecto se habia abierto. El cura de la iglesia de San Juan Bautista de Neuilly se encontraba en este sitio para recitar las oraciones de los muertos.

El general de brigada Geslin, comandante de la plaza de Paris, presidia la ceremonia, acompañado de un numeroso estado mayor y rodeado de una diputacion de 150 oficiales y de 400 soldados de la guarnicion de la capital.

Terminadas que fueron las oraciones, el general, acercándose á la sepultura, pronunció con voz conmovida una corta allocucion.

El cortejo se trasladó despues á la iglesia, cuya fachada estaba colgada de negro y adornada de banderas. En el interior y detrás del altar mayor, estaba tambien colgada de negro. En el centro de la iglesia se elevaba un catafalco, teniendo en sus cuatro ángulos trofeos militares. El coro y las capillas estaban magníficamente alumbradas por un gran número de cirios.

Los asistentes á esta fúnebre ceremonia serian próximamente trescientos, que en su mayor parte eran habitantes de Neuilly.

L. C.

Revista de Paris.

De tiempo en tiempo, el drama que parece estar en decadencia en los teatros parisienses, se levanta con tal vigor, que se diria estamos en la época remota ya de los grandes triunfos de Alejandro Dumas, el inimitable autor de tantas aventuras que han interesado al público de todos los países durante tantos años. No cabe duda que á fuerza de absurdos, de inverosimilitudes inmorales, el género en cuestion se desdeña como obra vulgar y perniciosa para las buenas costumbres; pero al punto que un escritor consigue sacar á luz una fábula bien combinada y bien escrita, con situaciones, peripecias y caracteres, con todos los elementos en fin, que hacen buena la produccion dramática, el público vuelve en sí de su oposicion un tanto sistemática y aplaude con entusiasmo.

Tal es el caso en que se encuentra la notable obra de MM. Cormon y d'Ennery que acaba de estrenarse en el teatro de la Puerta de San Martin, con el título de las *Dos Huérfanas*, drama en ocho partes.

Desde el primer cuadro aparece el interés perfectamente iniciado.

Estamos en Paris bajo el reinado de Luis XVI.

La decoracion es admirable.

Ahí está el famoso Puente Nuevo como le vemos en las antiguas estampas, y á un lado distinguimos un parador donde se detienen las diligencias.

La mayor animacion reina en ese lugar que, como es sabido, fué teatro de tantas aventuras, cuando era lo que despues el Palacio Real y lo que son hoy los bulevares.

El jóven marqués de Presles, cuenta á dos amigos nobles que acaban de apearse en el parador, un lance amoroso que le tiene preocupado.

Viajando se ha encontrado con dos muchachas y se halla prendado de una de ellas. La conquista le parece fácil.

Las jóvenes en cuestion vienen á Paris en diligencia. El marqués se ha adelantado en su silla de posta, y tiene ya dadas sus instrucciones á un criado, para que se apodere de la jóven en cuanto llegue á la capital, debiendo antes alejar del parador á un hombre que saldrá á esperarlas.

Con efecto, este hombre llamado Martin no tarda en presentarse, mientras el marqués de Presles se ha llevado á cenar á sus amigos, que se burlan un tanto de la aventura y no confian mucho en el desenlace.

— ¿A qué hora llega la diligencia de Normandía? pregunta Martin al criado del marqués de Presles.

— ¡Ay! amigo mio, responde el sirviente con tristeza, llegará tarde, porque ha ocurrido un accidente.

— ¿Los vuelcos eran tan comunes en aquel tiempo!

— Pero en fin, ¿cuánto habrá que esperar?

— Lo menos dos horas.

— ¡Dos horas! Mucho es para esperar aquí.

— Con efecto; pero si quereis, mataremos el tiempo en la taberna jugando á los naipes.

Martin acepta: ya ha caído en el lazo.

Aquí se presenta otro personaje.

Es un muchacho que gana su vida afilando cuchillos y tijeras, con gran sentimiento de su madre la viuda Frochard, cuyo marido murió en el cadalso, y de su hermano Jacques, un peligroso malhechor, que no han podido inducirle á que viva del robo.

Su rebelion le ha costado una pierna que le rompió su hermano, y el pobre cojo se ve en grandes apuros para reunir con su misero oficio la cantidad que le exigen diariamente en su casa.

No tardaremos en hacer conocimiento con el hermano; pero antes veremos salir de la diligencia á las dos huérfanas que buscan con afan al hombre que debe recibir las.

— ¡Pobres jóvenes! Martin está en la taberna, de donde no saldrá hasta que haya dormido algunas horas.

— ¿Qué haremos? pregunta Enriqueta, la mayor, la que sirve de guia á Luisa, una pobre ciega y su hermana adoptiva. No está aquí nuestro protector; sentémonos á la puerta á esperarle.

Su espera les da ocasion de conocer á Mariana, á punto que busca en la muerte el remedio de sus males.

Grandes son en verdad. Por alimentar los vicios de Jacques, ha cometido un hurto que se ha descubierto y los soldados la persiguen para encerrarla.

Sí, está decidida: ya que no puede arrancar de su corazon el amor que profesá al bandido Jacques, se arrojará al Sena en cuanto adelante un poco la noche.

Enriqueta ve las lágrimas de esta desdichada, entra en conversacion con ella, y cuando conoce su intento, quiere disuadirla y la persuade que puede rehabilitarse con el trabajo.

Pero Jacques ha oido su conversacion, se presenta y la pobre Mariana fascinada por la influencia que ejerce sobre ella aquel hombre fatal, se abandona á él nuevamente.

Sin embargo, pronto vuelve en sí de su espanto.

Los soldados que la persiguen son para ella la tabla de salvacion; se arroja á sus piés diciendo que la prendan, pues prefiere la cárcel á la existencia á que Jacques la tiene condenada, y con efecto, escóltada por ellos desaparece.

Volvamos á las huérfanas.

El criado del marqués de Presles se apodera lisa y llanamente de Enriqueta, en tanto que Luisa pide socorro y va á caer en manos de la viuda Frochard, que la considera como una buena fortuna porque es ciega, y la servirá para implorar la caridad de la gente.

Tal es el primer cuadro de este drama conmovedor; y por su análisis se comprenderá cómo se despierta el interés que no se desmentirá un solo instante hasta la última escena.

Ahora nos encontramos en los jardines de la bonita residencia del marqués de Presles, y en medio de una fiesta brillantísima. La sociedad, en punto á mujeres, no es de lo mas escogido; pero conocidas las costumbres de la época, debemos confesar que los autores han dado á su cuadro un colorido local pintado prudentemente. Las libaciones no pasan de cierto limite, así como tampoco hay exceso en las galanterías de los nobles con las reinas de la moda que se pasean por los bellos jardines.

Uno de los personajes que mas se destacan en este cuadro es el caballero de Vaudray, que comienza á sentir la influencia de las ideas revolucionarias, y ha declarado la guerra á la ignorancia de los hombres de su casta. Vaudray quiere instruirse, porque comprende que ha llegado la hora de reformar la sociedad; pero no por esto olvida sus diversiones.

Justamente llega cuando el marqués cuenta á sus amigos que está esperando á la linda Enriqueta.

— ¡Qué conquista, amigos míos! La vereis y juzgareis si exagero.

— ¡Pobre Enriqueta! El agente del marqués la acompaña y la introduce, dormida por un narcótico, en medio de aquella orgia.

— Pronto, que se despierte, dice el marqués, para que la admire todo el mundo.

Y como en una comedia de magia, la jóven recobra el conocimiento.

— ¿Dónde estoy? exclama; ¿y mi hermana Luisa?

— Calmaos, la dice el marqués, estais en casa de un hombre que os ama, casa en donde sereis reina.

La desesperacion se apodera de la jóven que comprende su situacion, y apela á todos los caballeros presentes para que la salven.

Vaudray prorrumpe diciendo:

— ¿Pedis un salvador? Aquí me teneis, dadme la mano y saldremos de esta casa.

— Poco á poco, caballero, replica el marqués de Presles; saldriais si os diera yo permiso; pero no es así: me habeis hecho un ultraje y me debeis una satisfaccion.

— Inmediatamente.

Cuatro estocadas y cae el marqués, con lo cual Enriqueta se ve libre de la infamia.

Tenemos que hacer conocimiento con otro personaje, el marqués de Linieres, jefe de policía y tío del caballero de Vaudray.

Desde la escena del desafío que causó gran sensación en París, han trascurrido tres meses y Enriqueta no ha vuelto á reunirse con su hermana Luisa.

El conde quiere casar á su sobrino con una jóven de una opulenta casa. Es matrimonio concertado en la corte, y el conde y la condesa de Linieres celebran á porfía el honor reservado á la familia con semejante enlace.

Pero con gran sorpresa del conde, el caballero contesta con una negativa.

— ¿Y por qué no os queréis casar? Sin duda tenéis alguna razón que debe convencerme.

— Sí, estoy enamorado.

— ¿De quién?

— De una mujer que merece toda mi consideración.

— No es cierto: es un amor ilícito, no intentéis engañarme porque conozco la historia. Reflexionad y espero otra respuesta.

La condesa que se queda sola con su sobrino quiere insistir; pero á las primeras palabras la detiene el caballero, recordándole una falta que sabe por su difunta madre. La condesa tuvo amoríos en su juventud, y el fruto de ellos, una inocente niña, fué abandonada á la caridad pública en la escalinata de una iglesia.

A este recuerdo la condesa cambia de tono y se propone vencer la resistencia de su esposo para que el caballero se case á su gusto y no como quieren en la corte.

Las súplicas en favor del jóven amante despiertan las sospechas del conde que corre á buscar un registro de la policía en donde están consignadas las faltas de la nobleza; pero el caballero arranca la hoja en donde consta aquel hecho.

El quinto cuadro representa la plaza de San Sulpicio en un terrible día de invierno. La malvada Frochard implora las limosnas con la pobre ciega, escuálida y triste como una criatura sometida á la existencia mas miserable.

El hermano de Jacques, movido á compasión la socorre en cuanto puede. Diríase que nace ya en él un amoroso sentimiento.

Hemos dicho que Enriqueta vive separada de su hermana; mas no es por culpa del caballero que por todas partes la busca con ahínco, sin acertar á descubrirla.

Enriqueta trabaja para mantenerse y habita un mísero cuarto en lo alto de una casa, donde espera confiada que su protector la llevará un día la pobre ciega.

El caballero la habla de amor discretamente; pero Enriqueta cierra sus oídos y no promete nada mientras no se logre encontrar á su hermana Luisa.

Otras inquietudes la esperan.

La calumnia supone que es la querida del caballero; la mujer que la da trabajo y casa advertida por un espía, la amenaza con ponerla en la calle, á punto que se presenta en la vivienda la condesa de Linieres que desea conocer á la jóven de quien está tan enamorado su sobrino.

Escena de confidencias.

Enriqueta, seducida por la bondad de aquella señora, la cuenta su triste historia. Una noche su padre, abrumado por la miseria, y viendo que la niña se iba á morir de hambre, la lleva al átrio de una iglesia para que la recoja un alma caritativa.

Pero ¡ay! en lugar de dejarla, vuelve con ella y con otra criatura abandonada en la escalinata del templo, que entre sus lujosas ropas tenía un papel en el que se leía su nombre.

— ¿Qué nombre? exclama la condesa.

— Luisa.

— ¡Luisa! ¿En dónde está?

— ¡Ay! señora, me la han robado y este es el tormento de mi vida.

En el mismo instante se oye en la calle una voz infantil pidiendo limosna.

— Ahí la teneis, exclama Enriqueta, es ella.

La jóven quiere arrojarse en busca de su hermana, pero alguien la detiene: es el conde de Linieres escoltado por varios agentes de policía que se llevan á Enriqueta á la cárcel.

¡Horrible estancia! La casta Enriqueta se ve confundida con las mujeres degradadas por el vicio.

Una de ellas, Mariana, recibe su perdón y va á salir á la calle en tanto que Enriqueta debe ser deportada á la Guyana.

— No, no será así, la dice Mariana al oído.

Y efectivamente, cuando llaman á Enriqueta ella responde, y la hermana de Luisa está libre.

Así se rehabilita Mariana con este acto de generosidad que salva quizás la vida á dos inocentes, cuya historia conoce, á Enriqueta y á Luisa.

Nos acercamos al desenlace.

Hé aquí la vivienda de los Frochard, donde la infortunada Luisa sufre el martirio.

Enriqueta acaba por descubrir la casa de la Frochard,

en cuyas garras se halla Luisa, según supo en la cárcel; se la arranca, gracias á una lucha en la cual los dos hermanos Frochard se baten quedando muerto Jacques, y el conde de Linieres consiente por fin en que se case su sobrino con Enriqueta que no se separará de Luisa, hija de la condesa de Linieres.

Hemos debido abreviar mucho el análisis; porque en las *Dos Huérfanas* hay un drama de enormes dimensiones, lleno de escenas notables como cuadros de costumbres y de episodios á cual mas animados y pintorescos.

Lo dicho es bastante, sin embargo, para justificar el favor con que se ha recibido esta obra, dramática cual ninguna en el fondo y en los detalles, y cuya interpretación y aparato escénico son también muy dignos de los mas cumplidos elogios.

MARIANO URRABIETA.

Casamiento del duque de Edimburgo

Y DE LA PRINCESA MARÍA DE RUSIA.

El 23 de enero se han celebrado las bodas del príncipe Alfredo de Inglaterra, duque de Edimburgo, con la princesa María Alejandrowna, hija única del emperador Alejandro, según los ritos griego y anglicano.

No hay para qué decir que con este motivo se han desplegado grandes magnificencias en San Petersburgo. El casamiento según el rito griego tuvo lugar en la capilla del palacio de Invierno. Hé aquí algunas particularidades interesantes.

En las iglesias griegas, no es una verja como en las católicas lo que separa del templo el coro ó tabernáculo, sino una pared con tres puertas, de las cuales la del centro, cerrada por una doble reja, se llama la entrada real. Esta pared representa el velo del templo de Jerusalem, que ocultaba á los profanos la vista del santo de los santos. En Oriente está prohibida la entrada del tabernáculo á las mujeres, sea cual fuere su condición, y el casamiento se celebra ante la entrada central del tabernáculo, sobre un altar portátil. Los novios, cada cual con un cirio encendido, se arrodillan delante del altar, y el sacerdote que oficia pregunta:

— X... ¿Tienes intención y firme voluntad de tomar por esposa á esta mujer... Z...?

— Sí, reverendísimo padre, responde el hombre.

— ¿No has dado palabra de matrimonio á otra mujer?

— No, reverendísimo padre.

Iguales preguntas se dirigen á la novia, que contesta del mismo modo.

Luego traen dos coronas, una para el novio, la cual tiene la figura del Cristo, y otra para la novia, la cual representa á la Santísima Virgen. Estas coronas sirven indistintamente para todos los casamientos.

El sacerdote toma una de las coronas, con la cual hace la señal de la cruz sobre la cabeza del novio, diciendo:

— El servidor de Dios, X..., es coronado por la sierva de Dios, Z..., en nombre del Padre, etc.

El novio besa la corona que ciñe su cabeza ó mantiene en el aire alguno de los asistentes, y la misma ceremonia se repite con la novia. Siguen la bendición, la lectura del Evangelio relativo á las bodas de Caná y la presentación á los novios de la copa comun, en la que cada uno de ellos debe beber tres veces.

Pero aun no es definitivo el enlace.

Para que sea indisoluble falta otra ceremonia, la del paseo al rededor del altar, ceremonia cuyo origen es antiquísimo. Los novios ponen la mano derecha en la mano derecha del oficiante, cubierta con una punta de su vestidura, y mientras el coro entona un himno, los otros hacen á paso lento y por tres veces, número divino, el paseo simbólico, el cual significa que los nuevos esposos deben atravesar juntos esta vida, guiados por la Providencia, personificada por el sacerdote.

Concluido el paseo, el sacerdote quita las coronas al novio y á la novia, diciendo al primero:

— Alabado seas en Abraham, y bendito en Isaac, y multiplicado como en Jacob.

Y á la novia:

— Y tú, alabada seas como Sarah, apacible como Rebeca y fecunda como Raquel. Regocíjate con tu esposo; no pierdas el sendero de la ley y la bendición de Dios será contigo.

Tales son las pruebas por las cuales debieron pasar el 23 de enero el duque de Edimburgo y la gran duquesa María para enlazarse según el rito griego. El casamiento según el rito anglicano, que tuvo efecto seguidamente en el palacio Alejandro, fué mucho mas sencillo y por consiguiente menos largo.

Dos palabras ahora sobre los recién casados.

El duque de Edimburgo, príncipe Alfredo de Inglaterra, que es también duque de Sajonia, conde de Ulster y de Kent, nació el 6 de agosto de 1844, de modo que en agosto del corriente cumplirá treinta años. Es capitán en la marina real inglesa, y jefe de la segunda tripulación de la flota rusa en el mar Ne-

gro. En la ceremonia de su matrimonio llevaba el uniforme de la marina rusa.

La gran duquesa María Alejandrowna de Rusia tiene veinte años, habiendo nacido el 17 de octubre de 1833. Alta de estatura, es persona muy fina, aunque no de belleza extraordinaria. El 23 de enero vestía un manto de terciopelo carmesí forrado de armiño, cuya cola llevaba un escudero. En su cabeza brillaba una magnífica corona de brillantes.

Salvas de artillería, banquete, baile, iluminaciones, regocijos públicos, nada ha faltado á la fiesta, que ha sido ostentosa. Por la noche los novios salieron para Tsarkoe-Selo, de cuyo punto hablaremos en el próximo número.

POESIA.

SENTIMIENTOS.

Yo vivía tranquilo en la morada
Dó ví del mundo la sublime luz:
¡Allí, la madre que perdí, adorada,
Me enseñó á amar la Religión sagrada
Y al Hombre-Dios que falleció en la cruz!

Allí, tranquila mi existencia era;
Allí, gozaba el corazón de calma;
Allí, de amor en mi ilusión primera,
Jamás pensé que declinar pudiera
La dulce dicha que palpaba el alma.

Que ya ahora triste y solitario vivo
¡Ay! á merced de mi destino adverso:
De las venturas del amor me privo:
Ante el dolor que me consume, activo,
Voy á dejar por siempre el universo.

¡En todo encuentro soledad, tristeza!
¡Las puertas me abre la vejez airada!
¡Hebras de plata pueblan mi cabeza!
¡Y la tierra me niega en su fiereza,
Una vejez risueña y sosegada!

Condenado á un amargo desconuelo,
Son de sangre las lágrimas que vierto:
¡Toda esperanza de encontrar consuelo
Ya la he perdido! ¡Y al mirar el suelo,
Hallo un sepulcro!... ¡para mí está abierto!

¡Ay! ¡quién pudiera tornar á la risueña
Edad primera que recuerdo tanto!
Edad que el alma delirante sueña,
En esa santa Religión que enseña
A amar al solo Dios, divino y santo.

¡Ay! ¡quién pudiera volver á la morada
Dó ví del mundo la sublime luz!
¡El alma allí, no vive, no, agitada;
Donde estaría por siempre consagrada
A amar al Sér que falleció en la cruz!

MANUEL GALLEGOS NARANJO.

Los domadores de yearlings.

Se llama *yearling* el potro de sangre pura que ha llegado á la edad de diez y ocho meses, nacido en el año anterior en febrero, marzo ó abril y algunas veces en mayo.

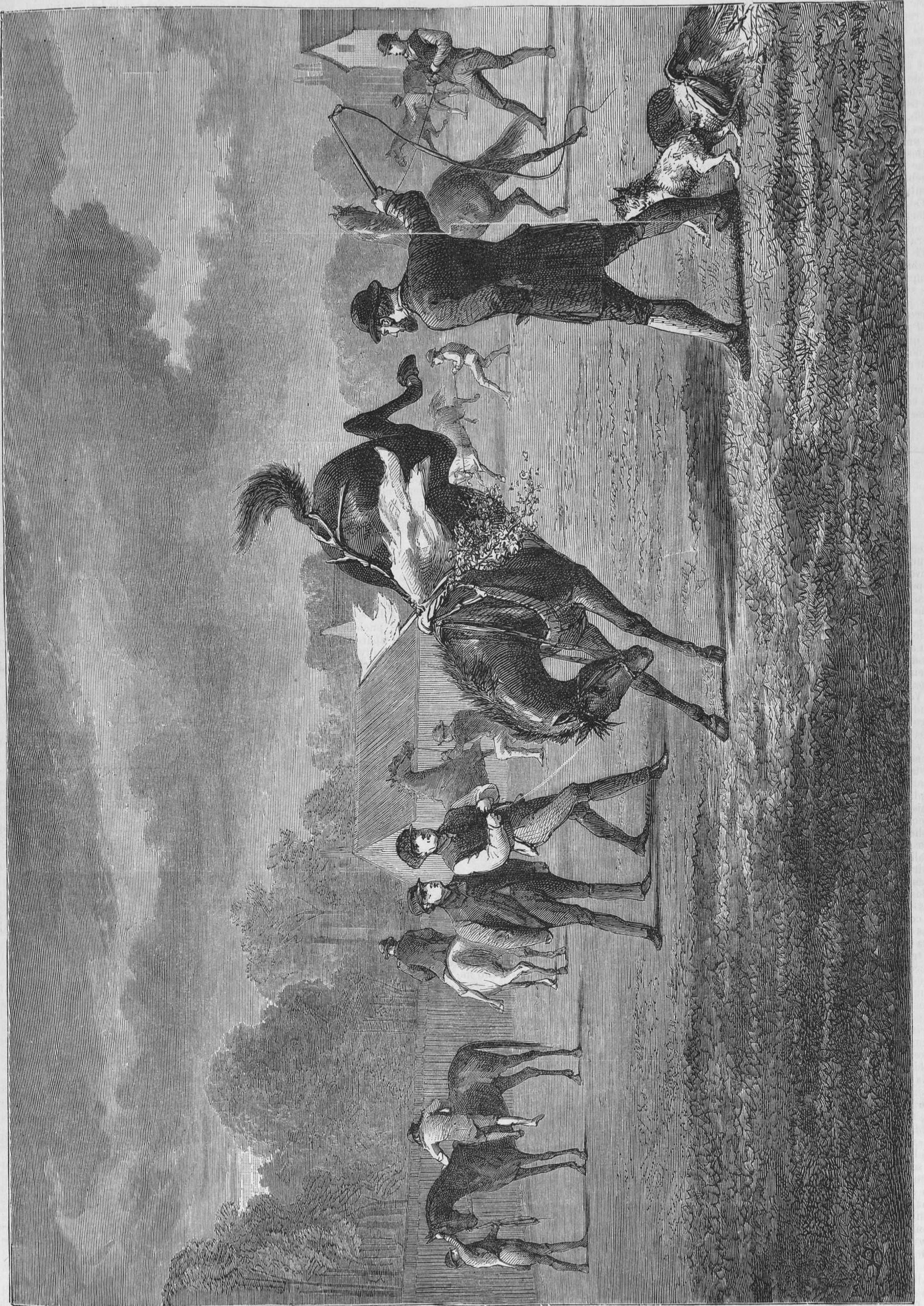
Hasta que llegan á esta edad los potros saltan y juegan en medio de los *paddoks*, bajo la protección de la madre, como si fueran unos niños. En esta época, que debe destetarseles, conviene tener la precaución de separar las hembras de los machos.

Así continúan creciendo y desarrollándose bajo los cuidados del criador, que si es inteligente, no debe economizarles la avena. Bien mantenidos y cuidados, galopan todos juntos en la pradera, dejándole ver de cuando en cuando entre sus juegos, un pañuelo que agitan los hombres encargados de vigilarlos. Después de estos ensayos, desde luego es fácil distinguir los potros que hacen concebir las mejores esperanzas.

En octubre es trasladado el *yearling* á la casa del encargado de su educación, hasta que deba figurar en las carreras de caballos. Desde este momento el *yearling* es tratado como un alumno que sus



S. A. R. MARÍA ALEJANDROWNA, DUQUESA DE EDIMBURGO.



Domadores de yearlings.

padres llevan al colegio, que los directores, al recibirle, le dejan en la mas completa libertad para que se reponga de su emocion.

El primer ejercicio á que se sujeta el *yearling*, consiste en un simple paseo llevado del ramal. Despues de algunos dias se le impone una prueba mas dificil, que es la del cabezon. El cabezon es una especie de brida que se compone de una serreta de hierro semi-circular, teniendo un anillo en el centro, provisto de un freno y de una correa que se ata á la boca del caballo. El uso de este aparato exige mucha precaucion, pues cuando se le presenta á un *yearling* siempre opone una vigorosa resistencia.

Despues que se ha acostumbrado al cabezon, se le pone la brida, teniendo cuidado de atar á la sobre-cincha algunos pedazos de lienzo, que rozando en el vientre del animal, le hace lanzar no pocas coces.

Esta leccion dura ocho dias, que es precedida de la colocacion de una silla sin estribos. Entonces debe escogerse entre los *lads* el mejor jinete, y por la primera vez se monta al potro.

El potro cuando se ve en libertad salta, excitado tambien por el látigo del domador: es un cordero comparado al jóven *yearling*, que dando botes con todas sus fuerzas, no tarda en lanzar de su silla al pobre jinete, con la misma facilidad que lo hacia el burro del Circo, el célebre Rigolo.

El adiestramiento del *yearling* no se termina sino á los quince dias despues de su salida de la yeguacera en donde ha nacido. Cuando la primera educacion está terminada, empiezan los *canters* (pequeño galope), y en el mes de noviembre se ensaya entre sus compañeros para conocer sus cualidades para las grandes corridas que tienen lugar en el Jockey-Club á últimos de año. X.

Los buenos muchachos.

I.

Lector, cualquiera que tú seas, con tal que procedas de uno de esos que llamamos *centros civilizados*, me atrevo á asegurar que estás llamado á codearte con los personajes de mi cuento.

Así y todo pudiera suceder que no bastase el epígrafe antecedente para que desde luego sepas de qué gente se trata; pues aunque ciertas cosas son en el fondo idénticas en todas partes, varían en el nombre y en algunos accidentes exteriores, segun las exigencias de la localidad en que existen.

Teniendo esto en cuenta, voy á presentarte esos *chicos*, definidos por sí mismos.

« Yo soy un hombre muy tolerante; dejo á todo el mundo vivir á su gusto; respeto los de cada uno; no tengo pretensiones de ninguna clase; me amoldo á todos los caracteres; hago al prójimo el bien que puedo, y me atengo al desempeño de mis obligaciones, que son lo único que me preocupa. »

Esta definicion ya es algo; pero como quiera que la modestia es un detalle bastante comun en la humanidad, pudiera aquella, por demasiado genérica, no precisar bien el asunto á que me dirijo.

Declaro, aun á riesgo de perder la fama de buen muchacho, si es que, por desgracia, la gozo entre algunos de los que me leen, que soy un tanto aprensivo y malicioso en cuanto se trata de gentes que alardean de virtuosas. — Esta suspicacia que, de escarmentado, á mas de montañés posco, es la causa de que los llamados *por ahí* «buenos muchachos» hayan sido repetidas veces, para mí, objeto de un detenido estudio. Por consiguiente, me encuentro en aptitud de ser en datos y definiciones tan pródigo como sea necesario, hasta que aparezca con todos sus pelos y señales lo que tratamos de definir.

Pero como no ha de ser interminable esta tarea, he de reducir la infinita procesion de tipos que veo desfilar ante mis ojos á tres grandes modelos, en cada uno de los cuales se hallan reunidas las condiciones típicas que andan repartidas entre todos sus *congéneres*.

Primer modelo. — Buen muchacho que ya cumplió los cuarenta años. — Señas particulares, indefectibles: es gordo, colorado, nada garboso, muy descotado de cuello y de chaleco, recio de barba y escaso de pelo. Habla mucho y se escucha.

Segundo modelo. — Buen muchacho que no ha cumplido los treinta y cinco. — Señas particulares: enjuto, macilento, cargado de entrecejo y de espaldas, vestido de oscuro muy abrochado, largo de faldones y pasado de moda. Este ejemplar tiene, necesariamente, á la vista y como si fuera el marco de ganadería, una señal indeleble; *verbigracia*: un lobanillo junto á la oreja, un lunar blanco en el pelo, una verruga entre cejas, la nuez muy prominente, ó toda la cara hecha una criba de marcas de viruelas. Habla bastante y con timbre desagradable; casi siempre en estilo sentencioso, y á menudo con humos de gracioso.

Tercer modelo. — Buen muchacho que raya en los veinte y cinco. — Señas infalibles: rollizo, frescote como un flamenco y miope. Rompe mucha ropa y procura llevarla muy desahogada; es hombre de poco pelo y de no mucha barba; habla mas que una cotorra, muy recio y con los términos mas escogidos del diccionario. Detalle peculiarísimo: antes de adquirir en

público el título de «buen muchacho,» ha gozado durante seis años entre las diversas tribus de su familia, la opinion de *hombre precoz*.

En vista de todos estos datos, podemos sentar la siguiente regla general:

La edad de los buenos muchachos varia entre veinte y cinco y cincuenta años.

Como detalles comunes á los tres modelos, pueden apuntarse los siguientes:

Son mesurados en el andar; saludan muchísimo, descubriendo toda la cabeza: en sus paseos buscan la compañía de los señores mayores, y en tales casos miran con aire de lástima á los jóvenes que á su lado pasan, si van muy alegres ó muy elegantes; usan á todas horas sombrero de copa y se calzan con mucho desahogo; temen de costumbre los tacones altos, y por eso los gastan anchos y muy bajos; sacan chanclos y paraguas al menor asomo de nube en el horizonte, y en cuanto estornudan tres veces seguidas *guardan cama* por dos dias y se lo cuentan á todo el mundo; no fuman ó fuman muy poco, pero chupan caramelos de limon y saben dónde se vende un vinillo especial *de pasto* y garbanzos *de buen cocer*; conservan con gran esmero las relaciones tradicionales de familia, y al hacer las visitas de pascuas ó cumpleaños, llaman á la visitada «mi señora fulana,» la preguntan minuciosamente por todo el catálogo de sus achaques físicos y siempre tienen algun remedio casero que recomendarla; se dedican á negocios lucrativos, mejor dicho, están asociados, y en segunda fila á personas que saben manejarlos bien; y por último, se perecen por echar un párrafo en público y familiarmente con las primeras autoridades de la poblacion, y se rechupan por formar parte de cualquiera corporacion oficial ú oficiosa, con tal que ella trascienda á influyente y á respetable.

Hasta aquí, algo de lo que el menos curioso debe haber visto en esos personajes; desde aquí, lo que todo el mundo puede ver en los mismos, si se toma la pequeña molestia de levantar los pliegues de la capa con que la señora fama parece haberse empeñado en protegerlos contra criticas y murmuraciones.

II.

Hallábame yo, no importa el cuándo, cerca de un pequeño círculo de murmuradores de mayor edad, con quienes ningun lazo de amistad íntima, ni siquiera de simpatía personal, me ligaba; y dicho se está que yo veía, oía y callaba. Hablábase á la sazón de un suceso ocurrido recientemente en el pueblo, con sus vislumbres de escandaloso, cuando apareció en escena un personaje muy conocido mio, y muy amigo, al parecer, de aquellos murmuradores. Parecia el tal fundido en uno de los tres modelos que dejo registrados, y no digo en cuál, porque no es necesario.

— Aquí llega... Fulano, que podrá darnos algunos pormenores mas del suceso, dijo un murmurador.

— Voy muy de prisa, señores, respondió el aludido, y solo me he acercado á Vds. con el objeto de saludarlos... Pero, en fin, ¿de qué se trata?

— Pues hombre, de la novedad del dia... de cierta jóven que ha desobedecido la paterna autoridad.

— Efectivamente; tengo entendido algo que suena á eso mismo; pero como no me gusta meterme en la hacienda del vecino, y dejo á cada uno vivir á su antojo, *no he querido* enterarme muy á fondo.

— Pero es lo cierto que Vd. sabe algo...

— De manera que algo, algo, por muy sordo que uno se haga...

— Vamos, que ya sabrá Vd. mas que nosotros.

— Les aseguro á Vds. que no. Soy de lo menos dado á chismes y murmuraciones, como es bien notorio.... Pero, entendámonos: ¿se refieren Vds. á la *chica* mayor de don Geroncio?

— Cabales.

— ¿De la cual se dice que dos horas antes de ir á la iglesia á casarse con el *chico* menor de don Atanasio, se plantó y dijo: «no me caso ya,» por lo que su padre la amenazó iracundo, de lo cual no hizo ella caso maldito, y resultó un escándalo, y se deshizo la boda?...

— ¡Justamente; ¡eso es! ¿Ven Vds. como... Fulano sabia los pormenores del lance?

— Repito que no sé una palabra mas de lo que *de público* se dice. Hay asuntos, como este, que sin saber por qué, me repugnan... Pero observo que Vds. me miran con recelo, como si me callara cosas muy graves.

— Hombre, no...

— Pues á mí se me antoja que sí; y señores, yo soy muy delicado en ciertas materias: está por medio la reputacion de una jóven, que puede lastimarse con una sola suposicion injuriosa, y esto es bastante á mis ojos para que, en descargo de mi conciencia, me apresure á contar la verdad del caso, es decir, lo que á mí se me ha referido. Saben Vds. que hace quince dias tuve un *golpe* de sangre á la cabeza, por lo cual me ordenó el médico, ya repuesto, que pasease de madrugada, cuando la temperatura lo permitiera. Salía yo esta mañana á cumplir este precepto, con el cual, por cierto, me va muy bien, cuando ¡plaf! tropezó, al volver la esquina de la plaza, con doña Severa, que, como no ignoran Vds., por parte de su difunto marido don Estanislao, es prima política de la señora (que esté en gloria) de don Geroncio, y por consiguiente tiene motivos poderosos de estar al tanto

de los asuntos particulares de esta familia, aparte de que á doña Severa siempre se la ha considerado mucho en aquella casa por su capacidad y don de gobierno. Pues señor, como daba la casualidad de que no veía yo á esta señora lo menos hacia... sí, ¡vaya! ¡yo lo creo!... lo menos... lo menos... quince dias... ¿qué digo? aguárdense Vds. y perdonen; el dia de San Lorenzo fué cuando la vi; estamos hoy á... veinte y tres dias justos hace hoy que la saludé á la puerta de su casa.... cabalmente tenia yo que preguntarla dónde habia comprado una pasta para matar ratones, que ella usaba con gran éxito, y allí mismo me dió la receta de memoria, porque resultó que la tal pasta era invencion suya, digo, de un choricero estremeño que se la confió en secreto por no sé qué favores que le debia... Pues á lo que iba: encuentro esta mañana á doña Severa, y

» — ¿Cómo está Vd., señora mia? la pregunto.

» — Bien, ¿y Vd., don Fulano?

» — Pues para servir á Vd.

» — ¿Y la familia?

» — Tan buena, gracias... ¡Caramba, cuántos dias hace que no la veo á Vd.!

» — Pues no he perdido una misa desde que no nos vemos. Precisamente es hoy el dia en que debí haberme quedado en cama siquiera hasta las diez.

» — Efectivamente: la encuentro á Vd. algo pálida y desmejorada.

» — Le aseguro á Vd. que no sé cómo me tengo en pié.

» — ¿Se encuentra Vd. mal?

» — Mal precisamente, no; pero ayer tuve un disgusto con la cocinera, y estoy sufriendo hoy las consecuencias. Figúrese Vd. que á mí me gusta mucho la merluza; pues señor, la condenada (Dios me perdone) de la chica, dále con que habia de traerme siempre abadejo. Chocándome, como era natural, tanta obstinacion, pues yo sabia muy bien que no faltaba merluza en la plaza, indago por aquí, pregunto por allá, y averiguo ayer que la muy picara daba todos los dias las sobras del principio á un soldado, su novio, que se pela por el abadejo. ¡Imagínese Vd. cómo yo me pondría al saberlo!.... Por supuesto, que lo primero que hice fué plantarla de patitas en la calle, y tan de prisa, que le dije que volviera mas tarde por el baul y la cuenta. ¡En mal hora á mí se me ocurrió semejante idea! ¿Creerá Vd., *Fulanito*, que la muy sin vergüenza se me presentó á las dos horas acompañada del soldadote, para que este repasara la suma, y que entre los dos me pusieron como hoja de peregil sobre sí faltaban ó dejaban de faltar seis maravedises?

» — Nada me choca, doña Severa, de cuanto Vd. me dice, que algo parecido podia añadir yo de lo ocurrido en mi casa; el ramo de *servientas* está perdido.

» — ¡Ay, Fulano, lo peor es que el de amas no está mucho mas ganado!

» — Tambien es cierto.

» — Vea Vd. á mi pobre primo Geroncio; ¡qué horas está pasando por causa de esa hija á quien ha mimado tanto!

» — En efecto, he oido anoche que esa chica ha roto, por un capricho, su proyectado casamiento.

» — ¿Capricho, eh? ¡buen capricho me dé Dios!

» — Así se dice al menos.

» — Así se dice, porque de alguna manera decente ha de tapar la familia el pastel descubierto.

» — ¿Luego ha pasado algo grave?

» — ¡Gravisimo.... Fulano!.... y ya ve Vd. si yo lo sabré, cuando he sido y estoy siendo el paño de lágrimas del desdichado Geroncio.

» — No lo dudo... Pero ahora caigo en que, siendo secretos de familia esos sucesos, estoy pecando de indiscreto al hacer ciertas preguntas.

» — De ningun modo, Fulano; usted es una persona muy decente, y hasta debe conocer esa clase de lios para ejemplo y escarmiento en el dia de mañana, si se resolviera á casarse.

» — Usted me favorece demasiado, doña Severa.

» — Le hago á Vd. justicia, Fulano.

» — Gracias, señora.

» — Repito que no hay por qué darslas; y sepa usted (por supuesto, con la debida reserva), que si la boda de mi sobrina no se ha llevado á cabo, es porque el novio descubrió á última hora que la muy taimada habia tenido un año antes relaciones íntimas, *muy íntimas*, enténdalo Vd. bien, con un jóven andaluz que estuvo aquí veraneando.

» — Pero ¿tan íntimas fueron, señora?

» — Tan íntimas, que faltando horas nada mas para ir á la iglesia, se plantó el novio al conocerlas y dijo que nones.

» — ¿Luego no fué ella quien se opuso?

» — ¡Qué habia de ser, hombre!... eso se ha dicho para tapar...

» Y etcétera, señores, añadió el narrador con una sonrisita que apenas tenia malicia; por ahí fué hablándome doña Severa, y lo que acabo de referir es lo único que, en sustancia, hay de cierto sobre el particular.

— ¡Que no es poco! objetó un chismoso con diabólica expresion. ¡Cuando yo decia que Vd. sabia grandes cosas!

— Hombre, si bien se mira, no es tanto como parece, continuó el *suavisimo* Fulano. Y de todas maneras, señores, conste que lo he referido aquí en el seno de la confianza y teniendo en cuenta, además de lo que dije al empezar, que una cosa leve callada con misterio, autoriza á suponer otra muy grave; que la

mayor parte de Vds. son padres de familia, que no echarán el ejemplo en saco roto.

— ¡Bravo! exclamaron algunos oyentes casi enterrecidos con este rasgo.

— Con que señores, vuelvo á recomendar la reserva y me voy á mis quehaceres, saltó, casi ruborizado, el amiguito de doña Severa.

Y se marchó.

— ¡Qué discreta observacion! dijo uno de los que se quedaron.

— ¡Qué juicio tan aplomado! añadió otro.

— ¡Es un *gran muchacho!* exclamaron todos.

— ¡Valiente infame! dije yo, y era lo menos que podía decir, con esta franqueza que Dios me ha dado, largándome también, y sin despedirme, por mas señas.

Nada se me contestó en el acto; pero me consta que refiriéndose á mí, se dijeron luego en el corrillo primores como los siguientes:

— ¡Qué vibora!

— ¡Qué lengua de acero!

— Con veneno semejante, es imposible que haya en la sociedad una sola virtud incólume.

(Se continuará).

De la Revista de España.

Un Aniversario.

(Continuacion. — Véase el número 1,100.)

— Dime, Blumelé, ¿has sido juiciosa esta semana? Y sin esperar contestacion, se los arrojaba con un cariño indecible.

Desde que tuvieron lugar los sucesos que acabamos de referir, el alma de Loew se habia transformado completamente. En cuanto á Esther, no pocas veces movia la cabeza con aire pensativo, pues no se explicaba la causa de las prodigalidades de su marido, y si bien comprendia que su regocijo era ocasionado por la esperanza de que no le seria arrebatada su hija, no veia, sin embargo, qué relacion tenia con las palabras «piedad» y «religion», que tan frecuentemente dirigia á la jóven.

La misma Blumelé, algo preocupada, preguntó un dia á su madre, qué queria su padre dar á entender, cuando le decia:

— «Es preciso que seas juiciosa y religiosa.» ¿Será quizás porque no lo sea yo bastante?

Esther no sabia qué contestarle, pero despues de reflexionar algunos momentos, respondió apresuradamente:

— Nunca está de mas que nos exhorten todos los dias, y cada momento, á la piedad, á la religion... y si tu padre lo hace con tanta frecuencia, es seguramente porque conoce mejor que tú lo que debe hacer.

Como Blumelé era de un carácter ligero, la contestacion de su madre la satisfizo completamente. Además, las preguntas de su padre eran tan repetidas, que la jóven concluyó por no darles la menor importancia. Tal sucede cada vez que una palabra, por provechosa y útil que sea, deja de representar una idea; llega á ser para nuestro oido como un sonido vago, y no pocas ocasiones hasta nos molesta. La jóven adquirió, pues, la costumbre de responder á su padre con un «sí» acompañado de una ligera sonrisa.

Entre tanto, Jacobo Loew continuaba colmándola de dádivas cada vez mas ricas. Su liberalidad no conocia límites: llevaba á su casa verdaderos cargamentos de telas finas y sederia. Habia jóvenes en la poblacion mas ricas que Blumelé, pero ninguna podia competir con ella en la variedad y riqueza de trajes. Ya se decia que todos los sábados aparecía en casa de Jacobo Loew el periódico de modas, porque en este dia Blumelé se presentaba con un vestido que ninguna de sus compañeras habria podido imaginar.

— Escucha, dijo Esther á su marido un dia que este acababa de regresar de un viaje y habia presentado á su hija, como de costumbre, un regalo de mas valor aun que los anteriores; haces muy mal en habitar á tu hija á todo ese lujo, pues dudo que le quede ya algo por desear. Creo que no conoces el corazon de la mujer: si se la colma de regalos y se satisfacen hasta sus menores caprichos, entonces su conducta será completamente contraria á las máximas que la religion nos ordena. El corazon de la mujer está formado para soportar con resignacion los dolores y los trabajos; pero para esto es preciso que sus aspiraciones sean modestas, y que tenga siempre algo que desear. Si continuas como hasta aqui, educándola como á una princesa, solo te diré: Jacobo, no apruebo tu conducta.

— ¡Pues qué! contestó Loew frunciendo las cejas; ¿no me es permitido hacer por mi hija lo que los demás pueden hacer por la suya? ¿Es culpa mia que no tenga yo mas hijos que Blumelé?... Además, no necesito hacer economías.

— No te censuro por lo que gastas, sino porque educas muy mal á tu hija.

— ¡Qué loca eres! la interrumpió Loew riendo á carcajadas. Ya crees que en mi vejez voy á disipar mi fortuna... Y á propósito, ¿qué edad tiene nuestra Blumelé?

— Tiene diez y siete años, dijo Esther un tanto alarmada por la pregunta de su marido.

— ¡Diez y siete años? contestó Loew tratando de imitar la voz de su mujer, ¡y todavia no tiene hecho el canastillo de novia! Si hasta ahora no has pensado en esto, creo de mi deber recordártelo.

El corazon de Esther cesó de latir durante algunos segundos; estaba pálida, sin que le fuera posible preferir la menor palabra.

En efecto, ¿qué madre no se estremece cuando se trata del porvenir de su hija?

En el primer momento hubiera considerado como á un criminal al que hubiese tenido la osadia de hablarle de tan grave asunto; y aun creia que su mismo marido carecia del tacto indispensable para asegurar la felicidad de Blumelé. Este temor fué la causa principal de su sobresalto.

Trascorridos algunos instantes, preguntó con voz casi imperceptible:

— ¿Y has elegido ya la persona que ha de unirse á nuestra hija?

— ¿Que si he elegido ya? dijo Loew riendo y guiñando al mismo tiempo los ojos. Sí, Esther, mi eleccion está hecha.

— ¡Su nombre! exclamó la pobre madre, presa de la mas viva emocion.

— Mi eleccion está hecha hace mucho tiempo, respondió Loew con voz trémula. Es una persona que parece expresamente predestinada por Dios para Blumelé, porque es un jóven muy religioso, que venera la memoria de su padre y de su madre, y que procurará también que nuestra hija sea buena y religiosa y venerar á su vez á sus padres, cuando no estemos ya en este mundo...

Las palabras que acababa de pronunciar Jacobo Loew habian vuelto la calma al corazon de la madre. Así que, mas tranquila, preguntó con aire alegre:

— Vamos, dime su nombre, no me tengas en esta cruel incertidumbre.

— Tú le conoces como yo, contestó Loew con la mayor tranquilidad: es mi sobrino.

— ¿Maier? ¿el hombre de las cuatro manos? gritó Esther.

Esta exclamacion, hecha con una violencia que no la era habitual, irritó á Loew. Sin embargo, hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo para contener su cólera.

— Las mujeres son siempre las mismas, replicó. Dices que tiene cuatro manos: no le conozco mas que dos, que trabajan mucho y bien. Ya sé lo que has querido decir... Son tonterias é historias de mujeres. Lo que puedo asegurarte es que mi sobrino no tiene el carácter frívolo que los demás jóvenes del pueblo. Además, sus cuatro manos son justamente las que me han hecho pensar en él.

Esther oia á su marido sin pronunciar una sola palabra, pues sabia ya á qué atenerse respecto de sus planes. Como no era de esas mujeres que tratan de oponerse á los designios de su esposo, resolvió guardar el mayor secreto; pero cuando miraba á Blumelé y recordaba el compañero que su padre le habia elegido, su corazon se llenaba de indecible amargura.

Ya veremos despues que la predisposicion de Esther contra Maier era muy fundada, y puede asegurarse que si alguna vez se hubiese consultado á Blumelé si le queria por esposo, hubiera contestado con una carcajada.

El sobrino de Jacobo Loew habia tenido la desgracia de que la naturaleza le hubiese dotado, segun se decia en Ghetto, con dos manos superfluas. Respecto á su conducta, era acreedor á los elogios que de él habia hecho su tio, pues no existia en el pueblo un jóven de tanta capacidad y tan nobles sentimientos.

Aunque se decia que Maier habia nacido con cuatro manos, ya se comprenderá que era solo un equivoco, pero que formaba un singular contraste con su figura; todo en él era pequeño, porque hasta su estatura era tan corta, que consiguió de exceptuasen del servicio militar. En cambio, sus brazos eran desmesuradamente largos, pues le llegaban casi al suelo. Tenia, además, cuando se encolerizaba, la costumbre de gesticular, y mover los brazos de tal modo, que parecían alargársele; en momentos tales, se hubiera dicho que tenia cuatro en vez de dos.

Contra la costumbre de los habitantes de Ghetto, este equivoco fué inventado por un extranjero que se hallaba entonces empleado en una fábrica próxima á la poblacion.

Este jóven húngaro era el ídolo del mundo femenino de Ghetto. Tenia una hermosa cabeza cubierta de largos bucles negros; sus ojos brillaban con un fuego oscuro, y sus dientes eran de gran blancura. Sus magníficos bigotes retorcidos á la húngara, cubrian sus labios un poco gruesos, pero de un color rojo subido. En general, la buena presencia de Joaquin Stern, que así se llamaba este afortunado jóven, eclipsaba á todos los demás vecinos de Ghetto. Cuando se presentaba en medio de ellos, se parecia á un águila en medio de un gallinero. Cuando Joaquin Stern aparecía, se conocia fácilmente la diferencia que existia entre la fisonomia flemática y meditabunda de los bohemios, y al temperamento ardiente y apasionado del húngaro. Fácil es comprender en favor de quién quedaria la victoria.

Las jóvenes de Ghetto se reunian todos los sábados despues de medio dia sobre una pequeña colina, situada detras de la poblacion. Aquí era en donde Stern desplegaba todas las dotes con que la naturaleza le habia agraciado. Esta colina gozaba de una vista mag-

nífica, y se hallaba muy cerca de Ghetto, en donde se veia á los padres sentados á las puertas de sus casas. Por poco penetrante que tuvieran la vista, hubiesen podido descubrir sentadas sobre la verde alfombra, á las numerosas parejas que cobijaba un viejo mazono. Algunas veces las risas eran tan estrepitosas, que llegaban á oidos de las familias; entonces decian que el húngaro habia llegado ya. En efecto, no se equivocaban, Joaquin Stern no hacia jamás su aparicion, sino cuando todas las jóvenes estaban reunidas. En este momento; qué miradas tan tiernas se dirigian! y ¡cuántas mejillas se cubrian de rubor! pero también ¡cuántos puños se cerraban de rabia! Todavía Stern no habia abierto la boca, cuando la alegría se veia pintada en todos los semblantes; su conversacion era como un manantial que no se agota jamás. Unas veces enseñaba á las jóvenes un baile nuevo ó un juego, mostrando siempre una finura muy poco comun entre los vecinos del pueblo. Otras las entretenia con anécdotas ó hablaba de su pais; parecia que las trasportaba como por encanto toda la Bohemia con sus extensas estepas, y los caballos pastando ó montados por sus *chicosos* (criadores) sobre los cuales vuelan rápidos como el relámpago, dedicándose no pocas veces al noble oficio de saltadores de caminos. En algunas ocasiones llevaba una caña á modo de flauta, á la que llamaba un *schakan*. Con este instrumento improvisado, se ponía á silbar los mas bonitos aires húngaros; y cuando estas melodias hacian saltar las lágrimas á alguna jóven, cesaba inmediatamente de tocar y se libraba á algun juego ó decia algun chiste que provocara la risa.

En una de estas reuniones fué cuando Stern organizó un baile. Entre las jóvenes mas ricas se hallaba Blumelé, que hacia muy poco tiempo que frecuentaba este sitio. Llevaba un vestido nuevo que su padre la habia traído de uno de sus viajes, y con una cinta encarnada que adornaba sus cabellos, hacia resaltar de un modo admirable su hermosa cabeza. Entre las parejas que estaban colocadas en sus respectivos sitios para empezar el baile, se hallaba Blumelé que habia aceptado la invitacion que le fué hecha por su primo Maier. Stern, en calidad de bastonero y de músico no habia buscado pareja; pero al mirar á su alrededor para asegurarse que todas las parejas estaban en su sitio, observó á Blumelé que se hallaba con su caballero Maier, que ébrio de gozo agitaba sus largos brazos como las aspas de un molino de viento.

— ¿Qué es lo que veo? exclamó Stern adelantándose al mismo tiempo y enlazando sus brazos con los de Blumelé, en medio de esa sonrisa altanera que le era habitual.

Y despues añadió:

— No puedo consentir que la mas bonita niña del pueblo, abra el baile con el hombre de las cuatro manos.

Todos los concurrentes prorumpieron en las mas estrepitosas carcajadas.

— ¡Maier tiene cuatro manos! repetian todos.

— ¿Qué quereis decir con eso, Stern? le preguntó Maier que le temblaban todos sus miembros.

— ¿Quereis que os explique lo que acabo de decir? exclamó Stern con aire altanero. Os lo diré. Retiraos á vuestra casa, tomad una vara y hacedme el favor de mediros los brazos. Así os convencereis que con ellos podreis tener cuatro.

— Tiene razon Stern; sí, sí, tiene razon, decian riendo todos los concurrentes.

— Blumelé ¿no quieres bailar conmigo? dijo Maier, dirigiéndose á su prima, al mismo tiempo que la miraba con tono de súplica.

— ¿Es preciso que os lo repita otra vez? Jamás consentiré que esta jóven baile con vos, á la vez que cogia á Blumelé del brazo.

— ¿No quieres bailar conmigo, Blumelé? volvió á repetir Maier.

El sonido de su voz hubiera debido hacer comprender á una persona menos ligera que Blumelé, que en este momento no se trataba solo de una simple invitacion para bailar.

— Si quereis bailar, es preciso que tengais mas que dos manos, añadió Stern al oido de Blumelé.

Estas palabras produjeron tal risa á Blumelé, que la cinta que adornaba su cabeza se desprendió. Inmediatamente Stern se apresuró á recogerla temiendo que otro lo hiciera antes que él, colocándose la otra vez con la habilidad que le era tan natural. ¿Por qué Blumelé temblaba mientras que Stern la colocaba la cinta? ¿Por qué se sonrojó cuando el jóven la prestaba un servicio tan natural? Lo ignoramos.

En cuanto á nuestro amigo Maier, se creia que era llegado el momento de que hiciera uso de todas sus fuerzas para arrancar á Blumelé de los brazos de Stern, porque Maier, que era de un carácter tan dulce, se le veia entonces como un leon acosado por sus enemigos.

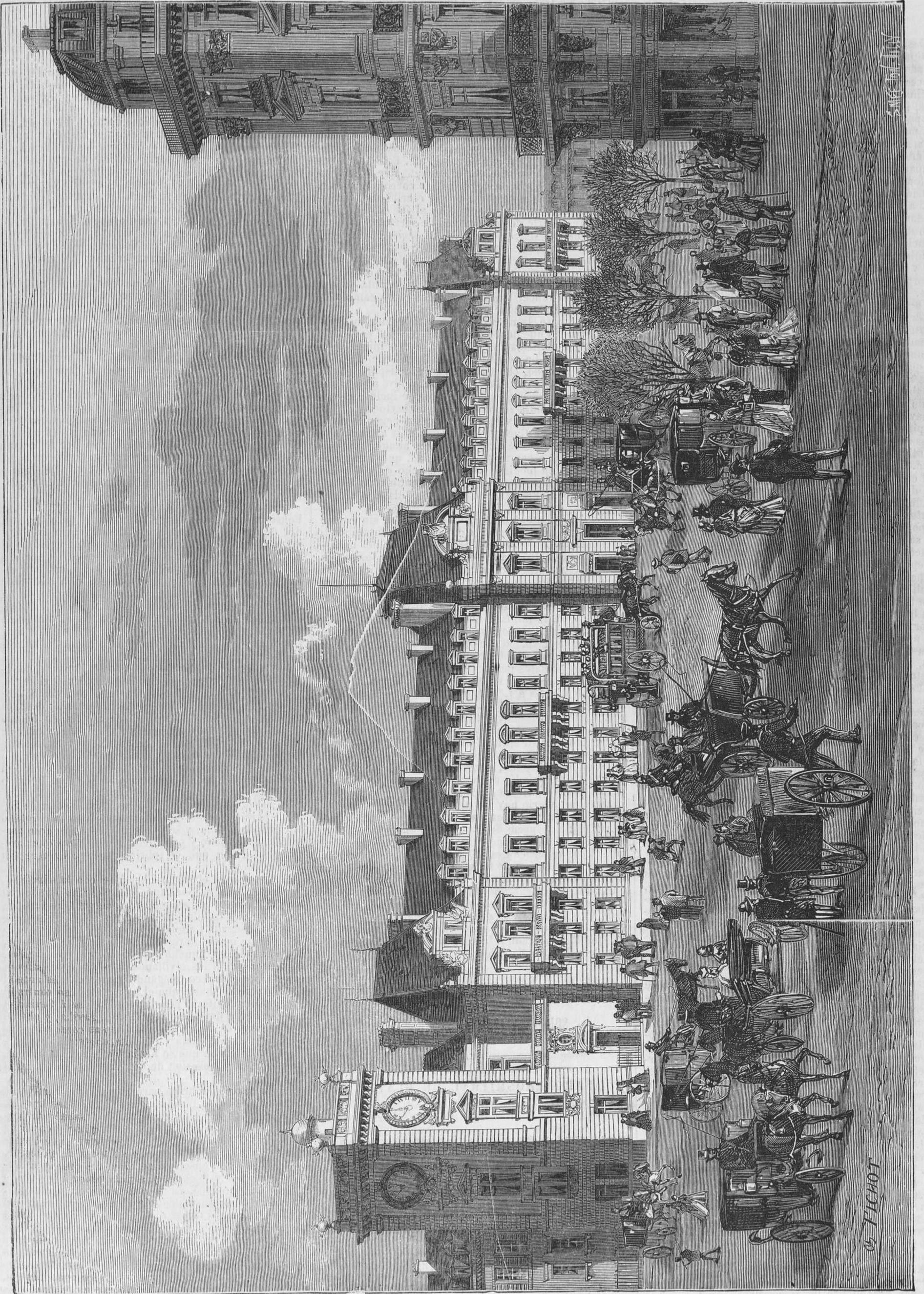
— ¡Oh, Dios mio! gritó Stern, con un fingido terror, haciendo retroceder al mismo tiempo á Blumelé; retirémonos, si es tiempo todavia, antes que nos ahogue; miradle, ¿no os parece que se asemeja á una araña que se prepara á devorar á una mosca?

Entonces las carcajadas de Blumelé eran cada vez mas estrepitosas; y antes que tuviera tiempo de reflexionar la contestacion que debia dar á su primo, Stern habia empezado ya á entonar su cancion y arrebatado á la jóven para dar principio al baile. Las demás parejas siguieron el movimiento, reinando desde aquel momento la mas viva alegría.

(Se continuará).

RECUERDOS DE UN VIAJE A LONDRES, CARICATURAS POR M. J. B.





NUEVO PALACIO DEL MINISTERIO DE LA GUERRA EN PARIS. — Fachada principal en el boulevard Saint-Germain.

El ministerio de la Guerra.

Después de la revolución francesa, el ministerio de la Guerra, que se hallaba antes en Versalles, fué trasladado al local que ocupa actualmente, que era entonces un convento de señoras, titulado San José. Las oficinas ocupaban un conjunto de feos y viejos edificios, incómodos en su mayor parte, que recibían la luz por la calle de Saint-Dominique y de algunos grandes patios. Las nuevas construcciones que se han unido al antiguo edificio y que fueron hechas en estos últimos años, se componen de un gran edificio que ocupan hoy los archivos, la biblioteca y el depósito de fortificaciones, que ocultan la grande y magistral fachada construida en el boulevard de Saint-Germain.

El arquitecto, M. Bouchot, ha vencido con gran habilidad las dificultades que presentaba la gran extensión del terreno en que debían construirse los nuevos edificios. Esta línea, de 140 metros de largo, ha sido dividida en tres partes principales: un arímeto central y un pabellón a cada costado. A la izquierda está la torre del Reloj, que tiene de 28 á 29 metros de altura, y desde donde se descubre el magnífico panorama de París. Esta torre se llama así por los cuadrantes de un diámetro de tres metros con sus correspondientes cifras y agujas doradas que cubren las dos fachadas, setentrional y oriental. Esta misma torre se une al pabellón más próximo por medio de un ala que por su construcción permite descubrir las líneas más inmediatas. La entrada principal se halla en el pabellón del centro, en donde existe un ancho vestíbulo que da acceso á los archivos. En este vestíbulo hay dos grandes escaleras por las cuales se sube á los pisos superiores, en que se hallan instaladas diversas dependencias que estaban antes dispersas en el antiguo edificio de Chabrilan, calle de la Universidad.

El entresuelo está reservado á los archivos históricos, depósitos de mapas, oficinas de traducción y de estadística, en donde se conservan todos los documentos acerca del estado y las fuerzas militares de las potencias extranjeras. Las salas del primer piso, que se destinaban por el mariscal Niel para reunir las numerosas aguadas de batallas y combates que posee el depósito de la Guerra, deben servir á los comités permanentes de los diferentes cuerpos, de infantería, caballería, fortificaciones, etc.

En la torre hay un depósito de 23,000 litros de agua, y en la azotea se ha colocado la máquina del reloj.

Por el grabado que presentamos á nuestros lectores, podrán juzgar de la nueva fachada del ministerio de la Guerra, que, aunque majestuoso y á la vez severo, no le falta gracia, merced á los altos tejados construidos á la francesa, á los anchos balcones con balaustradas de piedra y á las ricas repisas. También es notable la torre, adornada con su torreoncillo, que se destaca sobre el cielo y oculta la unión de los antiguos edificios con los nuevos. El arquitecto ha querido evitar la monotonía que tanto perjudica al conjunto de esta clase de edificios, y hay que convenir que lo ha conseguido.

Los frontis esculpidos de los tres pabellones, así como los bajo-relieves de la puerta principal, hacen recordar naturalmente el destino que se ha dado al edificio.

Aunque todo su conjunto no revela un monumento, desde luego se comprende que es un edificio destinado á importantes dependencias.

Si nuestros lectores nos quieren seguir, ahora penetraremos con ellos en el santo santorum de estas oficinas, en que el público no puede penetrar, y que, como desconocedor del edificio, correría riesgo de extraviarse en ese intrincado dédalo de patios, corredores, escaleras, habitaciones grandes y pequeñas, etc.

Como no ignoran nuestros lectores, estas dependencias tienen por jefe al ministro, que es elegido por el rey, emperador ó presidente, y que en realidad es el jefe del ejército.

Después del ministro le sigue en categoría el jefe del gabinete, pues siempre es un general; en realidad es un secretario del ministro, que está secundado por ayudantes de campo, oficiales de ordenanzas y algunos empleados civiles. Este gabinete es la dependencia más importante del ministerio, pues en ella se recibe y se clasifica toda la correspondencia y los partes telegráficos para ser entregada una al ministro y la otra á las direcciones generales, después de fechada, registrada y timbrada.

Las direcciones generales se dividen en personal, administración y contabilidad. La artillería y el cuerpo de ingenieros están unidos á la dirección del personal. A la cabeza de las direcciones figura siempre un general, y á la de contabilidad un consejero de Estado. Todos los días, por la mañana, los directores se reúnen en el despacho del ministro para ponerse de acuerdo entre sí, despachar los asuntos con él, presentarle la firma y recibir sus órdenes.

Cada dirección se compone de empleados civiles y militares; está subdividida en un número variable de negociados, á la cabeza de los cuales hay un jefe y uno ó varios sub-jefes.

A estos negociados, que constituyen la verdadera administración, va toda la correspondencia, después de haber pasado por los respectivos directores. Los negociados del ministerio de la Guerra son veinte.

Los oficiales de que se compone cada dirección se dividen en tres categorías: oficiales principales, ordinarios y auxiliares. Estos últimos son prácticos que esperan una vacante, ó retirados. En general, estos empleados están destinados á copiar y clasificar los documentos que se reciben en el ministerio. Los oficiales ordinarios trabajan á las órdenes de los oficiales principales. Estos son los encargados de despachar los asuntos con arreglo á las leyes, reglamentos ó órdenes del ministro, redactando las minutas, los informes, las cartas, etc.

Todos los documentos que salen del ministerio se redactan en forma de minuta, sea la contestación á las comunicaciones que se reciben, ó sea un informe para el ministerio ó una circular, etc. Este documento debe estar aprobado por el sub-jefe, que lo enmienda; después el jefe de negociado lo corrige á su vez. En este caso debe copiarse por el escribiente, y volver á pasar al autor, al sub-jefe y al jefe de negociado para presentarle después al jefe de servicio.

Si consigue vencer esta primera serie de pruebas, llega al director general, que puede variar también; en este caso vuelve al negociado; pero si es aprobado se lo guarda para la firma del ministro. En el gabinete sigue las mismas peripecias, y toda minuta que ha conseguido vencer tantos obstáculos en su camino todavía puede naufragar en el puerto.

En este caso, la nueva minuta debe seguir los mismos trámites que acabamos de indicar. Tal es la odisea de una contestación ó de una orden ministerial.

Si el asunto ha necesitado un informe que el ministro ha redactado, el jefe de negociado dispone que se lleve á ejecución; y si es una carta, vuelve al negociado de origen, después de registrada se incluye en un sobre, y la minuta se conserva en un cartón.

Este es el mecanismo que siguen los negocios en el ministerio de la Guerra, mecanismo muy antiguo que no ha variado desde Luis XIV, y que, aunque un poco lento, funciona con tanta regularidad, que siempre se ha vacilado en modificarle. El despacho de todos los asuntos llamados corrientes están combinados de tal modo, que se ejecutan en el mismo día que se reciben.

Los documentos que llegan anualmente, sin contar con los que se remiten á la dirección de contabilidad, ascienden á 500 ó 600,000. El presupuesto del ministerio se eleva (1874) á 2.999,680 francos, de los cuales 1.979,350 corresponden al personal, 269,330 los gastos particulares del depósito de la Guerra, y 751,000 para el material.

El número de personas que figuran en el presupuesto es de 700. El ministro tiene de sueldo 60,000 francos; el jefe de Estado mayor, 20,000; los tres directores generales, 23,000; los jefes de servicio, 12,000; los jefes de negociado, 9,000; los sub-jefes, de 3 á 6,000; los oficiales principales, de 3 á 4,000; los oficiales ordinarios, de 1,800 á 2,700; y los agentes, de 3 francos diarios á 1,700 por año, según el grado ó el destino.

Los agentes se eligen entre antiguos militares, y los oficiales entre bachilleres de letras ó de ciencias que hayan probado su aptitud en un concurso. Los oficiales principales constituyen, por decirlo así, un plantel para los sub-jefes; estos últimos pueden ascender á jefes de negociado, mientras que uno solo de estos puede llegar á ser jefe de servicio.

En el ministerio hay un negociado especial encargado de la organización de este vasto personal, que á la vez es una especie de mayordomo encargado de las impresiones, de la compra de los efectos de escritorio, de las reparaciones del edificio, etc. Los muebles de estas dependencias forman un singular contraste con el edificio: no hay dos sillas ó dos mesas que se parezcan, mientras que en algunas habitaciones se ocultan admirables muebles del reinado de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. El conservador de estos muebles ha reunido un pequeño museo de los bustos de todos los que han figurado á la cabeza de la Francia desde Napoleón I hasta M. Thiers.

SOBRE LOS VIAJES POR ESPAÑA

DEL

BARON ROSMITHAL DE BLATNA

Y DEL

MAGNIFICO MICER ANDRÉS NAVAGERO.

(Continuación.)

Siguiendo Rosmithal su camino hacia Santiago, pues uno de los principales objetos de su viaje era visitar el sepulcro del famoso Apóstol, volvieron á entrar en los dominios de Enrique IV, uno de los cuales era el reino de Galicia, y aquí empezaron de nuevo los trabajos y los peligros de los viajeros. Al ir de Pontevedra á la Coruña, atravesando un bosque, la imprudencia de un muchacho que les acompañaba puso á todos en riesgo de perder la vida al volver por

aquella región, después de haber visitado el sepulcro del Apóstol. Nada diremos aquí acerca de la leyenda relativa á la predicación de Santiago, ni de la crueldad de la llamada reina Lupa con los discípulos del Apóstol, arrojados al dragón formidable y á los toros feroces, que se humillaron ante ellos, produciendo tan estupendo milagro la conversión de la reina y de sus cortesanos; todos estos accidentes y circunstancias creados por la imaginación popular, son análogos á los que adornan las vidas de los santos, tales como la tradición y los escritores de la Edad Media las refieren, habiéndose después fabricado, para darles alguna apariencia de valor histórico, por el famoso padre Roman de la Higuera las falsificaciones de Dextro y Beroso, y otras crónicas de que hizo justicia, aun en tiempo en que la crítica no estaba tan adelantada como en el nuestro, el erudito y sagaz don Nicolás Antonio en su *Exámen de historias fabulosas*.

Lo que tiene verdadera importancia por su valor histórico, es el cuadro que bosqueja Schaschek del estado en que hallaron los viajeros la ciudad y la iglesia de Santiago, del cual no hemos podido ver confirmación directa en ningún cronista del tiempo, ni en los libros y papeles que tratan del antiguo reino de Galicia, que nos ha sido posible examinar, no encontrando otra mención de sucesos tan graves, sino la que se hace en el último párrafo de los apéndices á la *Historia compostelana*, tal como están en el manuscrito de Salamanca, y los copió el P. Maestro Florez en su *España sagrada*.

Con esto basta para comprobar la veracidad de Schaschek, tratándose además de un hecho que era entonces frecuente. En efecto, á causa de las luchas intestinas de aquella época, en que tanta parte tomaron los obispos y los cabildos de las iglesias catedrales, se veía sin admiración, aunque no sin escándalo, que estos eclesiásticos se encastillaban en los mismos templos, que además de ser edificios por lo común fuertes y casi inexpugnables para las armas de aquel tiempo, se fortificaban todavía más con obras apropiadas al efecto, cuando las circunstancias lo requerían.

Justamente el arzobispo de Santiago, don Alfonso Fonseca, que fué ocasión, aunque no quizá motivo, del desorden que Schaschek describe; lo fué asimismo poco tiempo antes de otro muy parecido en la ciudad de Sevilla, como puede verse en su analista Ortiz de Zúñiga en los años 1463 y 64; y estando íntimamente enlazados los sucesos de Sevilla con los de Santiago, los referiré brevemente, siguiendo en la narración la crónica de Enrique IV atribuida á Palencia, lo que dice Gil González Dávila en el tomo I de su *Teatro eclesiástico*, cap. XVIII, de la iglesia de Santiago, y lo que conforme con ambos cuenta el analista Zúñiga.

Fué el caso que don Alonso Ulloa y Fonseca, conocido solo por el apellido materno que usó siempre, personaje muy introducido en la corte, como dice Pulgar hablando de él en sus *Claros varones*; después de varios obispados, obtuvo el de Sevilla, en tiempo de Don Juan II, por intercesión de Don Enrique, de quien era capellán mayor. Su gran favor, tanto como los méritos de su sobrino, llamado también don Alfonso Fonseca, fué causa de que habiendo vacado el arzobispado de Santiago por muerte de don Rodrigo de Luna, ocurrida en 1460, se confiriese este arzobispado al sobrino, que ya era dean de la iglesia de Sevilla; pero el conde de Trastámara tenía alborotado el reino de Galicia, y se había apoderado de gran parte del arzobispado y provincia, por manera que pareció cosa difícil que el sobrino pudiese bracear tan gran negocio.

El tío, porque el sobrino quedase con la dignidad, tomó para sí lo de Santiago, y el sobrino quedó con lo de Sevilla, mientras que se apaciguaba lo de Galicia, y así se capituló y firmó. Entendió el tío que estaba ya sosegada Galicia en el año de 1463, y exigió del sobrino que le devolviese lo de Sevilla; pero este, bien hallado en aquella iglesia, como creen otros, contentos con él los sevillanos, resistió ó resistieron sus amigos el truco, alegando varias causas ante el rey Enrique IV, hasta que el papa despachó contra el sobrino un Monitorio penal, y viniéndose á Sevilla el rey ejecutó la devolución, pacificó á Sevilla, y ahorcó á seis hombres de las ventanas de sus casas por castigo de la inobediencia y rebeldía, destruyéndose además las obras con que se había fortificado la iglesia, que volvió á la posesión de don Antonio Fonseca, el tío.

Razon tenía el sobrino para repugnar el cambio de la mitra de Sevilla por la de Santiago, pues lejos de estar pacífico el reino de Galicia se hallaba tan revuelto, que según lo que cuenta Rosmithal y confirma el apéndice de la historia compostelana que hemos citado, el año siguiente al de su toma de posesión, don Alfonso de Fonseca el sobrino, fué preso por Bernardo Juanes y Seoane, y seguía preso por julio ó agosto del año 1466, en cuyo tiempo tenían sitiada á su madre en la misma catedral de Santiago el conde de Trastámara, ó mejor dicho, sus partidarios. Era á la sazón conde de Trastámara don Alvaro Pérez Osorio, á quien el rey había hecho el año anterior de 1465 marqués de Astorga, por haberle servido fielmente en los grandes alborotos que contra él levantaron los magnates de Castilla, siendo uno de los primeros que llegaron á Zamora con gran golpe de gente para sostener la causa del rey, y contribuyendo mucho á que los rebeldes levantaran el sitio de Simancas.

Después de estos hechos, vuelto á Galicia, los caballeros le hicieron jefe de las tropas, que se juntaron para sofocar los excesos de las hermandades, y en el año de 1466 en que Rosmihal estuvo en Galicia le mandó Enrique IV que fuese á sofocar una rebelion que habia estallado en Asturias.

Era el conde un señor tan magnifico, que recibian su acostamiento y sueldo mas de doscientos hijos-dalgo, uno de los cuales seria sin duda Bernardo Juanes ó Seoane, que prendió al arzobispo, y que pertenecía á la ilustre familia de este apellido en el reino de Galicia, segun puede verse en *Gándara*. (1)

El estado de perturbacion y de verdadera anarquía que se representa en el cuadro que de la ciudad de Santiago y de su iglesia nos ofrece Schaschek, se prolongó mucho tiempo, no habiendo terminado aquellos desórdenes hasta que, después de la batalla de Toro, los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel estuvieron en posesion pacífica é indisputada del trono de Castilla: á estos principes sirvió fidelisimamente el arzobispo don Alfonso de Fonseca el sobrino, á quien dejaron por Regente del reino durante la conquista de Granada, habiendo ido á acompañar á la infanta Doña Catalina cuando fué á Inglaterra á casarse con el rey, habiéndolo sido después con su hermano y heredero Enrique VIII, matrimonio tan infeliz y que tan tristemente influyó en las cosas de España durante muchos años. Este prelado, siendo ya muy viejo, renunció su mitra de Santiago en favor de su hijo, llamado tambien don Alfonso, y con este motivo se cuenta que el Gran Cisneros, á quien la reina Católica consultó el caso, dijo que debía declararse la iglesia de Santiago mayorazgo de los Fonseca, porque en efecto, tres individuos de esta familia la obtuvieron sin interrupcion. A pesar de esta reconvenccion sarcástica, la reina accedió á los deseos de don Alfonso de Fonseca, dando á su hijo del mismo nombre el arzobispado de Santiago, y quedando el padre con la dignidad de patriarca de Alejandria.

Al pasar por Finisterre, á cuyo lugar llama estrella oscura el traductor latino de Schaschek, engañado por el sonido de la palabra alemana *Fin estenner*, refiere este la misteriosa historia de una singular expedicion marítima mandada hacer por un rey de Portugal cuyo nombre no se menciona, expedicion que, real ó fingida, tiene la circunstancia singular de parecerse mucho á la que algunos años adelante emprendió con tanta gloria suya y de España el inmortal Colon. Esto se explica porque desde el primer tercio del siglo XV empiezan á manifestarse con mayor fuerza que antes todos los sentimientos, todas las ideas y propósitos que habian de tener su mas cumplido desarrollo en el XVI, que se señala como principio de la edad moderna, la cual no podia menos de tener íntimo enlace con la época anterior, y lo tiene hasta el punto de ser imposible establecer entre ellas un punto fijo que las determine y separe; pues en las letras, en las artes, en las ciencias y en sus aplicaciones, el siglo XV puede disputar al que le sigue la gloria de haberse iniciado y aun perfeccionado en él muchas de las invenciones y reformas que consideramos como propias del XVI.

Después de haber adorado el sepulcro del apóstol Santiago, los viajeros volvieron á entrar en Portugal, y visitaron al conde Don Fernando, hijo de Don Alfonso, duque de Braganza, en su villa de Guimaraens que el rey su sobrino le habia dado el año de 1449, por haber estado de su parte para combatir la rebelion del infante Don Pedro, tío y suegro del rey, muerto en la batalla de Aforobeyra, que sucedió aquel año y que puso fin á la rebelion. Tambien vió Rosmihal de nuevo al rey en la ciudad de Braga, y aun le acompañó hasta la de Ehora, donde se separó de él volviendo á entrar en Castilla.

Dice Schaschek, que el reino de Portugal es mas que por otras cosas famoso, por las ciudades que el rey tiene en Africa, contando como la primera á Alkazar, la cual afirma que habia conquistado Don Alonso V hacia ocho años, y como esto se dice en el de 1466, resulta que la conquista de dicha ciudad fué en el año de 1458, y no en el de 1453, como han pretendido algunos escritores.

Rosmihal y los suyos entraron esta vez en Castilla por Estremadura, pasando de Elvas á Badajoz, y subiendo la corriente del Guadiana. Breve es la mencion que Schaschek hace de la antigua *Emerita*, de la cual dice que fué destruida por los romanos, no sabemos con qué fundamento, pues por el contrario, levantaron en ella monumentos tan importantes como el circo, la naumekia, el puente, el arco de Trajano y otros cuyos restos dan testimonio de su poder y de su gran predileccion por aquella ciudad cabeza de la Lusitania en lo político, como lo fué mas tarde en lo religioso. En cambio, y ya en la provincia de Cáceres, el secretario de Rosmihal, que sin duda no era muy entendido en antigüedades ni en historia, describe menudamente y con las señales de una ingenua y grande admiracion el suntuoso monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, ya entonces tan rico y poderoso. No ampliaremos aqui sus noticias, refiriéndonos á las notas que hemos puesto en este pasaje del texto, ó á lo que se dice en el viaje de Navagero, y á los apéndices que sobre este monasterio se insertan en el lugar correspondiente de esta obra.

Siguiendo su viaje, llegaron Rosmihal y los suyos á Toledo, de cuya ciudad trata Schaschek brevisima-

mente, limitándose á decir que tiene un hermosísimo templo, y refiriendo á su modo el milagro de la casulla traída por la Virgen Santísima en persona á San Ildefonso. Ya hemos notado la aficion á lo sobrenatural y maravilloso que muestra el secretario de Rosmihal, de la que participaron este y sus compañeros, pues era achaque propio del tiempo, aunque no tan graduado como lo fué en los anteriores.

Gran placer se experimenta al ver que, al llegar los viajeros á Alcalá de Henares, y no teniendo que pasar por Guadalajara, hacen mencion del famoso marqués don Iñigo Lopez de Mendoza, á quien suponen vivo, haciendo ya entonces ocho años que habia muerto, diciendo de él que era de los mas sabios próceres de Castilla, y añadiendo que poseia un hermosísimo palacio, que aun se conserva como significativo monumento del amor de don Iñigo á las bellas artes y de su exquisito gusto, aunque sean mas duraderas sus obras, de las que se podria decir, como Horacio de las suyas, que durarán mas que el bronce.

Siguiendo hácia Aragon los viajeros, hace notar Schaschek que desde Medinaceli el país está habitado por infieles, y en efecto, todavia algunos años adelante, hace la misma observacion Navagero, lo cual prueba que en tiempo de la reconquista, y á pesar del carácter religioso que esta revestia, nuestros antepasados tuvieron gran tolerancia con los pobladores moriscos, los cuales, dedicados especialmente á la agricultura, contribuian de un modo notabilísimo al aumento de la riqueza pública; esta tolerancia se convirtió alguna vez en marcadísimo favor, especialmente en el tiempo en que Rosmihal estuvo en Castilla, pues como ya hemos dicho, Enrique IV sentia gran aficion á los moros, cuyas costumbres seguia y de cuyos vicios participaba en altísimo grado. Con ocasion de atravesar un territorio poblado por moriscos, Schaschek refiere en términos breves y de un modo muy incompleto las costumbres de los que todavia dominaban el reino de Granada, fijándose en la poligamia que practicaban, y en la facilidad que entre ellos tenia el repudio, y añadiendo que vivian con ellos en paz los judíos. En verdad, aunque no respetado, este pueblo infeliz no sufría entre los moros aquellas periódicas y terribles persecuciones que experimentaron en Castilla, en las cuales tantos perdieron sus vidas ó sus haciendas, siendo al fin expulsados con poco acierto por los Reyes Católicos, que cometieron con esto un error impropio de su sabiduría y para España funestísimo.

VI.

Por fin llegaron Rosmihal y sus compañeros á Zaragoza en ocasion en que el rey Don Juan II celebraba Cortes, que empezadas aquel año en Zaragoza, se continuaron en Alcañiz, « y á 7 de octubre se prorogaron para continuarse en la ciudad de Zaragoza dentro de diez dias (1), con objeto de procurar estrecha confederacion con los grandes que tenian en su poder como-rey al principe Don Alfonso, y para que se tratase del matrimonio suyo y de la infanta Doña Juana su hija. »

Estas ocupaciones y las de la guerra, que en Cataluña estaba en todo su vigor, fueron causa de que el rey no recibiera desde luego á Rosmihal, así como su genio astuto le movió á informarse detenidamente de quién era y de dónde venia aquel viajero con tan gran séquito. Satisfizo á estas dudas Rosmihal, entregando á los caballeros que vinieron á visitarle de parte del rey, las cartas que llevaba de la emperatriz de Alemania y de los demás reyes y principes cuyas cortes habia recorrido.

El rey Don Juan debió quedar satisfecho con el examen de estos diplomas, y á los pocos dias fueron recibidos Rosmihal y sus compañeros con gran aparato y con muestras visibles de respeto por el monarca aragonés, quien les confirió su orden régia, que probablemente seria la de Jarra, autorizándoles para que pudiesen conceder por sí la misma orden á los caballeros virtuosos que juzgasen dignos de ella.

Dice Schaschek, hablando todavía de Zaragoza, que « andaban alborotados los grandes del reino cuando él y sus compañeros estuvieron allí porque el rey Don Juan queria que jurasen fidelidad á su hijo y le reconociesen por sucesor suyo. » Y añade: « pero ellos alegaban contra el rey muchas causas. »

Ya hemos notado la confusion é inexactitud que hay en algunas noticias de este viajero, lo cual puede atribuirse en la relacion de Schaschek al traductor latino; pero además, como observa el señor Gayangos, desconociendo las lenguas que se hablaban en España, Rosmihal y sus compañeros tendrian que valerle de intérpretes, pues no siempre podria servirles á este fin Haroldo, que era de la comitiva, y que, sin duda por conocer el latin, solia ser intermediario entre los bohemios y los de los pueblos que iban visitando; pero teniendo presente lo que dicen acerca de esta época y sus sucesos los historiadores aragoneses, catalanes y castellanos, y especialmente Zurita, se debe entender este pasaje de la relacion limitando á los barones y al pueblo de Cataluña la repugnancia á jurar como heredero de la corona aragonesa al principe Don Fernando, que la poseyó luego uniéndola á la de Castilla por su feliz enlace con Doña Isabel. Las

Cortes que se tenian en Zaragoza cuando estuvo en ella Rosmihal, no se ocuparon del juramento del principe, y los catalanes no concurrían á ellas, porque las celebraban aparte, y porque se hallaban en estado de rebelion contra Don Juan; lo estuvieron desde antes de la muerte de su hijo el desgraciado principe de Viana, ocurrida en 1462, pero después que tuvo lugar este suceso trágico, el odio de los catalanes con la sospecha, que ellos tenian por hecho cierto, de haber perecido el principe con yerbas que le dieron por mandato de su madrastra Doña Juana Enriquez, y entonces ofrecieron el condado de Barcelona á Don Enrique IV de Castilla, viniendo á este efecto á su córte una embajada en que tenia el cargo principal mosen Compons ó Copones, como le llaman las crónicas castellanas del tiempo.

La irresolucion de Don Enrique le hizo perder esta ocasion de aumentar sus estados, y entonces los catalanes eligieron por su soberano en el año 1463 al condestable Don Pedro de Portugal, por ser biznieto de Don Pedro el Ceremonioso, rey de Aragon, y nieto de Doña Leonor su hija, infanta de Aragon, que fué mujer de Don Jaime, conde de Urgel y vizconde de Ajar. De Ceuta, donde estaba con el rey Don Alonso V de Portugal, haciendo guerra á los moros en dicho año de 1463, llevaron los catalanes á Don Pedro de Portugal, el cual en la ciudad de Barcelona, jurando los fueros de Aragon y sus privilegios, fué alzado por los catalanes rey de Aragon y conde de Barcelona, sosteniendo desde entonces sangrientas guerras con el rey Don Juan, hasta que aquel murió en el año 1466, « y sucedió su fin repentina con grande sospecha de veneno, género de muerte que mucho se usaba en estos tempestuosos siglos » (1).

Muerto el condestable Don Pedro de Portugal, los catalanes no cesaron en su rebeldia, á pesar de la guerra que les hizo el rey Don Juan, cuya mujer Doña Juana Enriquez con su hijo el principe Don Fernando les tomó varias importantes ciudades, entre ellas á Tortosa y á Castellon; y para buscar el auxilio de Francia eligieron por rey á Renato de Anjou, que envió á Cataluña por lugar-teniente suyo á su hijo el duque de Lorena.

Claro está que hallándose en Zaragoza los viajeros cuya piedad y espíritu religioso parecen tan exaltados, habian de ver la Virgen del Pilar y su santuario y de referir su leyenda tradicional en la relacion del viaje; ya en las notas al texto remitimos á los lectores curiosos, para ampliar las noticias que en él se dan, al libro del P. J. Diego Murillo, advirtiéndoles que, como todos los de su clase y de su época, está viciado por la fe que da su autor á los falsos cronicones.

Segun acontece de ordinario, con la guerra civil estaba infestado de ladrones el principado de Cataluña y sus costas, siendo notable la aventura que ocurrió á los viajeros entre Martorell y Molins de Rey, donde unos piratas con grande osadía trataron de cautivar á dos compañeros de Rosmihal. Cuando aportó Navagero á estas costas no habia disminuido este peligro, si bien no eran los catalanes mismos los que pirateaban, sino las fustas de moros que daban continuos asaltos á los pueblos y campos de las orillas del Mediterráneo.

En la misma ciudad de Barcelona no estaban seguros los viajeros, y el dueño de la posada en que allí estuvieron les aconsejó que no saliesen solos ni aun en grupos de dos ó tres, sino todos juntos, para evitar que los piratas les cogieran, y, llevándolos á sus naves, los vendiesen luego como esclavos, segun acostumbraban hacerlo. Con este motivo, Schaschek formó de los catalanes un juicio que apunta ya cuando refiere la leyenda relativa á la invencion del Cristo de Búrgos, diciendo de ellos que, aunque son cristianos no tienen de tales sino el nombre, siendo peores que los infieles paganos. Apasionado es sin duda este juicio, pero indica el carácter aventurero y el valor indomable de los heroicos almogávares que hicieron las expediciones á Oriente y que todavia en el siglo XVI eran los grandes marinos que, compitiendo con genoveses y venecianos, pusieron coto á las invasiones de los turcos.

Por lo que toca á los hechos verdaderamente históricos que Schaschek menciona, nótese en lo relativo á Cataluña la confusion que repetidas veces hemos criticado; aquí al hablar de los pretendidos reyes de Aragon que levantaron los catalanes para contrarrestar á Don Juan II, se confunde al principe de Viana con el condestable de Portugal y se atribuye á este el concepto de santo en que los rebeldes tuvieron al hijo primogénito de Don Juan, el infortunado Don Carlos, á quien segun refiere Zurita llegaron los catalanes á poner en los altares, atribuyéndole muchos y grandes milagros. Tambien parece que Schaschek señala como hijos de Don Pedro de Portugal, que no se sabe que los tuviera, á los que eran del mismo principe de Viana, uno de los cuales dice que estuvo en la posada de Rosmihal y que era un hermoso niño. El principe de Viana dejó dos hijos y una hija naturales, que se llamaron Don Felipe, Don Alonso y Doña Ana, única de quien hemos podido averiguar alguna noticia, pues consta que fué habida por el principe con doña Maria de Almedariz, y que casó con el primer duque de Medinaceli don Luis de la Cerda, elevado á aquella dignidad por los Reyes Católicos; de

(1) *Armas y triunfos de Galicia*.(1) Zurita, *Anales*, lib. XVIII, cap. IX.

(1) Garibay, lib. XXXV, cap. XV, pág. 879.

aquella no tuvo el duque mas que una hija llamada Leonor, que fué mujer de don Rodrigo de Mendoza, hijo del Gran Cardenal de España y marqués del Cenete, á quien no dió sucesion (1). Es de creer que los hijos varones del principe de Viana morirían como murieron todos los que podían haber sido obstáculo para que el principe Don Fernando llegara á regir la monarquía aragonesa.

Continuando su viaje, Rosmihal y su comitiva salieron del Condado de Barcelona entrando en el Rossellon, donde los dejamos; pues si bien curiosa bajo muchos aspectos, no tiene para nosotros la relacion de las aventuras del noble bohemio en los demás países de Europa el interés de las que le ocurrieron en los varios estados en que estaba en su tiempo dividida la Península española.

Poco mas de medio siglo habia trascurrido desde el viaje de Rosmihal, cuando otro extranjero ilustre, aunque no de estirpe régia, esclarecido por su nobleza y por su saber viene á España, visita sus principales ciudades y nos deja en un breve itinerario y en unas curiosas y extensas cartas el cuadro que ofreció á sus ojos esta nacion en la época de su mayor grandeza y poderío. Las cosas de la Península habian cambiado en tan breve periodo totalmente. Durante el glorioso reinado de Don Fernando y Doña Isabel se habian alcanzado, merced á su hábil política, los fines mas altos é importantes á que podían aspirar los amantes de la patria.

En primer lugar se llevó á feliz término la reconquista, arrojando de la última region que ocupaban á los invasores musulmanes pusieron su triunfante pié en España ocho siglos antes; habiéndose prolongado tanto su dominacion, por causa de los varios y frecuentísimos periodos de anarquía y de lucha que atravesaron los estados cristianos, que se constituyeron en las tierras que por diferentes puntos se iban arrancando á la dominacion agarena. Aunque solo hubieran logrado los Reyes Católicos esta ventura, bastara para que hubiesen pasado á la posteridad sus nombres rodeados de una aureola de incomparable gloria; pero antes que esto, el enlace de aquellos principes produjo la union de las dos monarquías mas poderosas que existían en la Península, y si no se consumó su unidad política, se preparó entonces de manera que no tardó mucho en verificarse; hasta la conquista del reino de Navarra, sobre cuya justicia habria mucho que decir, contribuyó eficazmente á la independencia de España, cerrando la puerta por donde podían introducirse en nuestra patria las influencias extranjeras.

El descubrimiento y el principio de la conquista y poblacion del Nuevo mundo, eleva la grandeza y gloria de estos monarcas al grado mas alto que alcanza-

ron los principes y las naciones que se formaron en Europa despues de la caída del imperio romano, porque con ese hecho maravilloso se dió á las razas superiores de la especie humana un vasto y admirable teatro para su actividad, en el que de seguro le están reservados los mas grandes destinos, porque sin duda esas regiones occidentales son el término providencial de la peregrinacion de estas razas y el punto en que llegarán á su apogeo la civilizacion y el progreso.

Para que esto aconteciese, habian ocurrido sucesos que sin duda han sido fatales para la prosperidad interior de España, aunque produjeron su brillante y efimera grandeza; fué uno de ellos la triste muerte del infante Don Juan, único hijo varon de los Reyes Católicos, que de haber vivido hubiera continuado en España la dinastía castellana é indigena, con lo que no nos hubiéramos desangrado mas tarde con guerras en que para nada entraba el interés nacional, y que no podían terminar sino con nuestro vencimiento, á pesar del heroísmo de nuestros mayores.

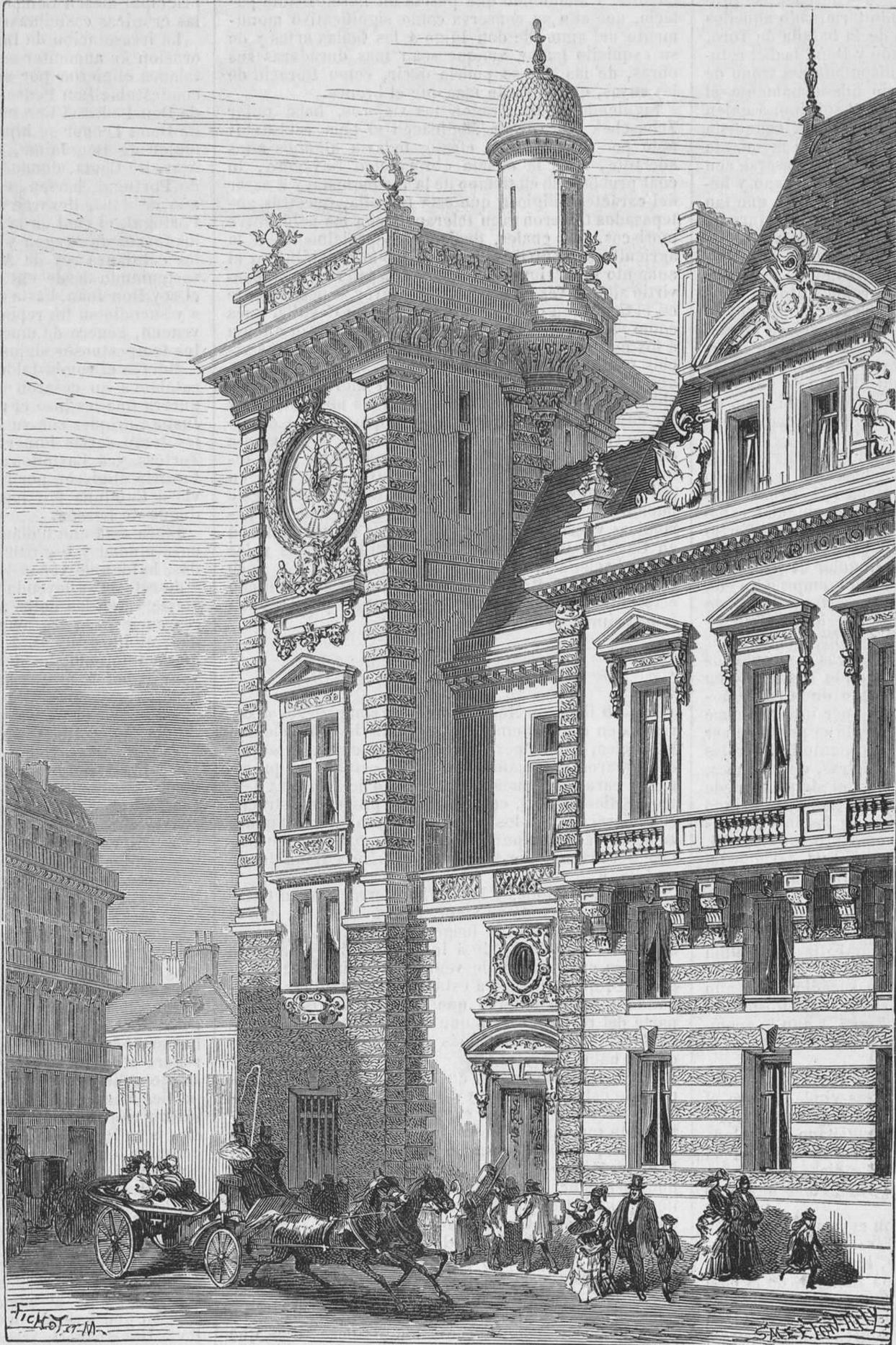
Despues de este principe murió tambien el infante Don Miguel de la Paz, que, viviendo, no solo hubiera conservado el trono para reyes españoles, sino que en su persona se hubiera realizado desde luego, y sin los inconvenientes que despues tuvo, la unidad política de la Península, ideal á que aspiramos vanamente desde que se consumó de nuevo la division de España y Portugal en el triste reinado de Felipe IV.

Don Carlos de Austria ocupó el trono en un momento en que Europa y Africa estaban sumidas en los horrores de guerras terribles, en las que tomaban no poca parte los españoles; y por los derechos personales y dinásticos del nuevo rey la intervencion de España en aquellas luchas se aumentó considerablemente; agréguese á esto que el cambio de monarca no se verificó en España sin alguna dificultad; á pesar de lo indisputable del derecho de Don Carlos á la corona, la circunstancia de haber nacido este principe afuera de Castilla, inspiró á su abuelo el Rey Católico vehementes y fundados temores de que su elevacion al trono habia de producir alteraciones y graves trastornos en el reino, por lo cual habia determinado en su testamento que durante la incapacidad de su hija Doña Juana, que era su legitima é inmediata sucesora, gobernase este reino de Castilla su nieto Don Fernando, hermano de Don Carlos, quien por haber nacido y haberse criado en España, gozaba del amor de sus naturales; pero cuando llegó la última hora al Rey Católico en la aldea de Madrigalejo, surgieron dudas en su espíritu, y guiado por el dictámen de sus consejeros varió su disposicion testamentaria, llamando al gobierno de España á Don Carlos, y procurando que su primera resolucion quedase en el mayor secreto, para evitar las consecuencias que pudiera acarrear la mudanza de su parecer.

Todavía despues de esto y de la muerte del Rey Católico, surgieron otras dificultades, siendo muchos los consejeros y ministros que sostenían la opinion de que el principe Don Carlos no debia llamarse rey, sino meramente gobernador del reino, mientras viviese su madre; triunfó al fin la opinion contraria, levantándose pendones por Don Carlos en la villa de Madrid, el año de 1516.

ANTONIO MARIA FABIÉ.

(Se continuará).



NUEVO PALACIO DEL MINISTERIO DE LA GUERRA EN PARIS. — La torre del Reloj.

I.

Quando Andrés Navagero llega á España, las coronas que reunieron en sus sienas los Reyes Católicos ciñen las de un valeroso principe que ha juntado con ellas la diadema imperial, siendo por lo tanto el monarca mas poderoso y mas temido que á la sazón habia en toda la redondez de la tierra.

(1) Lopez de Haro, *Novil.*, tomo I, pág. 81.